

PUNTO

ROJO

funeral para una venus

burton hare



FUNERAL PARA UNA VENUS

NORMA
HUNT



CECILE
MORTENSON



altamira

PAUL
GREENE





BURTON HARE

FUNERAL PARA UNA VENUS

Colección PUNTO ROJO n.º 213
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 11.054-1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo 1966

© BURTON HARE - 1966

sobre el texto literario

© JOSE CURTIELLA - 1966

sobre la cubierta

© COSTA Y ALTAMIRA - 1966

sobre ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2. - Barcelona - 1966

N. R. 907/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

211 — El poder tenebroso.

En Colección SERVICIO SECRETO:

823 — Las huellas del terror.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

110 — Con la muerte en las manos.

CAPÍTULO PRIMERO

El mozo acabó de sacar brillo a un vaso y dirigió una mirada de soslayo al hombre que se apoyaba en la barra, taciturno, mirando con una especie de religiosa concentración el ambarino licor que tenía ante sí.

—¿No crees que ya tienes suficiente por hoy, Paul? —refunfuñó el *barman*.

Paul levantó la cabeza. Tenía los ojos grises, turbios por el alcohol. Era alto y delgado, pero de complexión fuerte. Su voz resultó confusa al hablar.

—Te has empeñado en fastidiarme, muchacho —replicó—. Puedo largarme a otro bar si sigues así.

—También puedes reventar en éste —masculló el mozo—. Total, por lo que va a importarle a nadie...

—Vete al infierno, Marty. Me fastidia tu actitud de niñera.

Marty, encogiéndose de hombros, tomó otro vaso y procedió a secarlo con movimientos automáticos. No obstante, a los pocos instantes exclamó.

—Ya sabía yo que eso no podía acabar bien de ninguna manera, tal como te dije al principio. Supongo que recuerdas aquella noche que te mostré el periódico...

—¡Cállate! —exclamó Paul con acento salvaje.

El *barman* le miró de nuevo, casi con lástima. Pero prosiguió con su voz un tanto monótona:

—Está bien, está bien, sé cómo te sientes. Estás a punto de caer borracho al suelo. Apuesto que piensas que el mundo se ha terminado para ti, pero dentro de unos días te darás cuenta de lo afortunado que has sido al librarte de esa pájara antes de...

—¡Cállate, maldito seas!

El estallido tuvo la virtud de enmudecer al mozo por unos instantes.

Paul descendió del taburete con evidente dificultad. Trastabilleó al poner los pies en el suelo. Cuando recobró el equilibrio, rebuscó en sus bolsillos, extrajo algunos billetes y dejó un par sobre el

mostrador, mascullando:

—¡Al demonio, Marty! Cóbrate y déjame en paz. Encontraré otro agujero donde beber sin que un moscardón indecente me atormente...

Marty tomó el dinero y anduvo cansinamente hacia la caja.

En aquel instante se abrió la puerta y entraron dos hombres. Los dos parecían haber sido cortados con el mismo patrón. Altos, recios, vestidos con trajes oscuros y llevando el sombrero echado hacia la nuca. Tenían una mirada fría, casi indiferente. Una mirada que cayó sobre Paul obligándole a dar la vuelta, como atraído por una fuerza magnética.

Los dos recién llegados se miraron como poniéndose de acuerdo. Tras esto, avanzaron pausadamente.

—¿Paul Greene? —inquirió uno de ellos.

—Ese es mi nombre...

—Hemos estado de suerte.

Paul paseó su turbia mirada de uno a otro.

—No entiendo nada. ¿Dónde está la suerte? Y no me digan que periodistas... ya me dieron bastante la lata durante el día.

—Nada de *ensuciacuartillas* —replicó el que primero había hablado—. Tiene que venir con nosotros, señor Greene. Simple rutina, usted sabe...

Paul se bamboleó sobre sus inseguras piernas. Marty, que regresaba con el cambio, miró a los desconocidos con evidente alarma.

—No comprendo... —empezó Greene.

El hombre sacó un estuche de piel, lo abrió y mostró su deslucida credencial.

—Policía —dijo—. Sargento Lemmon. Mi compañero es el detective de primera Raconelli.

—Bueno, que me ahorquen. No recuerdo haber atropellado a nadie estos últimos días —rezongó Paul, con voz insegura.

Los policías cambiaron una mirada.

—No se trata de ningún atropello. Vamos, recoja su dinero. Ya hemos perdido mucho tiempo buscándole.

—A propósito, ¿cómo me han encontrado?

—El encargado del edificio donde usted vive nos ha indicado que posiblemente estaría aquí.

Fue Raconelli quien tomó las monedas que Marty había dejado sobre el mostrador. Las deslizó dentro del bolsillo de Paul y, sin ninguna amabilidad, lo agarró del brazo, tirando de él hacia la puerta.

Aturdido por la sorpresa y el alcohol, el joven se dejó conducir sin protestas. Marty se rascó el cogote, pensativo. Cuando la puerta se cerró tras la comitiva, dio media vuelta encaminándose al teléfono.

En la acera, Paul se detuvo indeciso, frente a la portezuela abierta del coche policíaco. Raconelli le empujó sin mucha delicadeza. El sargento Lemmon dijo:

—Vamos, pórtese bien, señor Greene. Sólo se trata de una confrontación. Tranquilícese.

Paul se dejó caer sobre el asiento trasero del auto. Los dos policías se instalaron a su lado, mientras el conductor arrancaba.

—Bueno —rezongó Paul, comenzando a reaccionar—. ¿Pueden decirme qué demonios significa esto? No comprendo nada de lo que dicen. ¿Qué confrontación es esa?

—Pronto lo verá. ¿Cómo se siente después de los comentarios que los periódicos han hecho sobre su romántica aventura, señor Greene?

La voz del detective Raconelli contenía tal cantidad de sarcasmo, que incluso el turbio cerebro de Paul lo captó completamente.

—¿Qué tiene eso que ver con este secuestro?

—Tómelo con calma —intervino el sargento—. Ya tendrá tiempo de protestar cuando lleguemos.

—¿Cuando lleguemos adonde?

No obtuvo respuesta.

Intranquilo, miró por la ventanilla. Vio que estaban dejando atrás el centro de la ciudad. El auto, sin utilizar la sirena, enfilaba la autopista de Oakland, como si se dispusiera a atravesar el puente sobre la bahía.

—¡Eh, esperen un minuto! —exclamó—. Este no es el camino de la Central. ¿A dónde me llevan?

—¿No conoce usted ese camino, señor Greene? Nosotros pensamos que lo ha recorrido tantas veces, que ya debería saberlo de memoria.

El sarcasmo seguía vibrando en aquella voz seca y desagradable.

Claro que reconocía el camino. Y precisamente el hecho de reconocerlo a la perfección fue lo que le inquietó.

El coche aflojó la velocidad al entrar en el puente. Luego aceleró otra vez y Paul ya no tuvo dudas respecto al rumbo que seguían.

Después, cuando el auto dobló por la retorcida carretera que se encaramaba por las colinas, en el distrito residencial, sintió un ramalazo de pánico. Sabía ya cuál iba a ser su destino. Pero resultaba algo tan absurdo, que durante unos segundos su mente se negó a reconocer la evidencia.

—¿Comprende ahora adónde vamos, señor Greene? —preguntó el sargento con calma.

—No quiero ir allá, sargento. No tienen ningún derecho para obligarme a...

—¡Oh, cálese! —resopló Raconelli—. Usted hará lo que nosotros le indiquemos.

—¡Y un demonio! Tengo mis derechos. No pueden llevarme de un lado a otro como un fardo de patatas. Y no quiero volver a esa maldita casa, ¿entienden? ¡No quiero volver a verla!

—¿A quién, a la casa o a su novia?

El auto siguió su viaje a creciente velocidad hasta que se detuvo frente a una alta verja de hierro. Ante la entrada, un auto-patrulla estaba estacionado, con su rojo faro intermitente parpadeando en la oscuridad. Un agente de uniforme permanecía al lado del coche y fue quien abrió la verja para dejarles paso.

El corazón de Paul aceleró sus latidos. Estaba alarmado, pero los vapores del alcohol ingerido hicieron que no comprendiera del todo el alcance de semejante despliegue.

Contempló el amplio paseo que conducía a la hermosa residencia de los Mortenson y se estremeció.

—Es absurdo —masculló como si hablara consigo mismo—. Son casi las cuatro de la madrugada... ¿Por qué me traen aquí?

—Imagino que lo sabe usted perfectamente —comentó el sargento con voz indiferente—. Por si le queda alguna duda, le diré que nosotros pertenecemos el Departamento de Homicidios...

—Bueno, ¿y qué...?

Se interrumpió en seco. Un helado escalofrío recorrió su cuerpo barriando parte de su aturdimiento. De manera confusa, lamentó haber bebido tanto. Comprendió que necesitaba de toda su claridad

de juicio para enfrentarse a semejante situación.

No encontró voz suficiente para expresar más protestas, de manera que cuando el auto se detuvo ante la gran entrada de la casa y le obligaron a descender del vehículo, lo hizo con movimientos torpes, como un sonámbulo.

La puerta se abrió antes que llegaran a ella. Un policía de uniforme apareció en el umbral. Paul se preguntó dónde estaría Anthony, el viejo mayordomo.

—¿Alguna novedad? —inquirió Lemmon.

El policía sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nada, sargento. El doctor está aquí todavía.

—Dígale que deseo hablar con él antes que se vaya.

Entraron. El espacioso vestíbulo apenas si estaba iluminado por una lámpara de pie. Las escaleras que partían del centro de la pieza se perdían en la oscuridad del primer piso. Sólo una puerta entornada, a la izquierda, dejaba pasar una fina línea de luz que se extendía sobre la alfombra como una espada amarillenta.

—¿Dónde están los demás? —quiso saber el sargento, antes de avanzar.

—Ahí dentro, en la biblioteca. ¿Quiere que les advierta de su llegada, sargento?

—Todavía no —se volvió y, sujetando a Paul por el brazo, le obligó a andar ante él, advirtiéndole—. Usted conoce el camino de la sala de juegos, Greene. Vamos allá.

La sala de juegos era una gran nave ubicada en la parte trasera de la casa. Había dos mesas de billar, aparatos de gimnasia, un gran blanco para tiro al arco y otras distracciones. Al aproximarse al lugar por el oscuro pasillo, Paul distinguió la brillante iluminación que se derramaba por la puerta abierta. Debían estar encendidas todas las luces allí dentro, pensó. La vaga sensación de inquietud que le dominaba desde que los policías hicieron su aparición en el bar, se agudizó de manera alarmante a medida que se aproximaba a la blanca mancha de luz que cortaba el pasillo.

—Bueno —masculló—. ¿Qué hay ahí dentro?

—¿De veras no lo sabe? —rió el sargento.

—Entre y lo verá, amigo —invitó Raconelli, propinándole un empujón.

Paul penetró en el mar de luz dando traspiés. En los primeros

instantes, cegado por la claridad, no distinguió más que las formas de las mesas de billar y demás, utensilios. Ni siquiera pudo ver el policía que le miraba con ojos entrecerrados desde un rincón.

Después, cuando sus ojos se acostumbraron a la brillante iluminación, distinguió los familiares aparatos, las cómodas butacas alineadas junto a la pared, las mesas de billar...

Y el bulto que había sobre una de ellas, cubierto por una sábana.

Quedóse inmóvil, con la mirada clavada en aquel bulto de un blanco deslumbrante. Bajo las sábanas, se dibujaban los contornos de un cuerpo humano.

Notó que el suelo comenzaba a oscilar bajo sus pies. Un sudor frío apareció en su frente y le pareció que el tiempo se detenía.

—Acérquese —ordenó la voz del sargento Lemmon.

De nuevo fue empujado por el detective Raconelli. Se encontró junto a la mesa de billar sin saber cómo había llegado hasta ella.

—¿Comprende ya, por qué le hemos traído aquí?

La voz del sargento penetró en su mente de manera dolorosa.

—¿Quién... quién...?

Su voz se extinguió. Raconelli, que se había acercado también, tomó un extremo de la sábana con una mueca desagradable en su cara, y masculló:

—No cabe duda que en otras circunstancias sería un espectáculo estupendo, señor Greene. Ahora... ¡Mire!

Dio un fuerte tirón, arrojando la sábana a un lado.

Sobre el verde paño de la mesa quedó un cuerpo al descubierto. Un cuerpo desnudo, de piel suave y sonrosada, como una bella flor abandonada sobre un prado de césped.

Pero toda la belleza de aquel cuerpo perfecto, había sido estropeada por el cuchillo hundido en su espalda, entre los omóplatos.

Paul desorbitó los ojos y se tambaleó.

—¡Cécile! —gimió entre dientes, sin voz.

—¡Mírela, maldito sea! —gritó Raconelli, al ver que se echaba hacia atrás.

Se vio obligado a contemplar la atroz visión. Así descubrió que en realidad había sangrado poco, quizá porque el mismo cuchillo había taponado la herida. También distinguió los arañazos en torno a su cuello y las marcas que unos dedos fuertes y brutales habían

impreso en la piel de la garganta.

—¿Qué le parece? —masculló el sargento Lemmon.

No replicó. No pudo hallar voz suficiente con que hacerlo.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, inmóvil, con la mirada clavada en la mujer que se había burlado de él. En aquel maravilloso cuerpo muerto. En aquel cuchillo... en un más allá, que estaba fuera de su alcance.

No intentó siquiera pensar. En realidad, sintió como si alguien le hubiera vaciado por dentro, dejándole hueco de sensaciones.

Hasta que alguien le agarró por el hombro, sacudiéndole.

—¡Vamos, Greene, ya la ha mirado bastante! Ahora empiece a hablar.

Era Raconelli. Pero no habló. No hubiera podido hacerlo aunque hubiese tenido algo que decir...

CAPITULO II

En la biblioteca estaban reunidos los que, hasta aquella noche, habían compartido la casa con Cécile Mortenson. Todos ellos volvieron la cabeza cuando vieron abrirse las puertas.

El sargento Lemmon empujó a Paul. Detrás de ellos dos, entró también el detective Raconelli y un hombrecillo vestido de gris; el doctor Farrell, médico forense.

Paul se detuvo en seco y miró las caras de los que ya estaban allí. Vio a Joshua Mortenson, el padraastro de Cécile, alto y grueso, de aspecto imperioso y dominador, de ojos crueles y helados y boca de finos labios.

Y a Norma Hunt, secretaria de éste. Una muchacha de belleza suave y frágil, ojos grandes y cabellera roja como un incendio. Sus labios sensuales, túrgidos, temblaban un poco. Parecía asustada.

El tercero era Henry Roth, socio de Mortenson en su gigantesco negocio de publicidad. Roth, era directamente responsable de las agencias de modelos que controlaba la organización de Mortenson. Su cara de facciones irregulares, casi desagradables, estaba pálida y sus ojos oscuros miraban a Paul acusadoramente.

Lemmon dejó que reinase un largo y expectante silencio en la estancia, antes de romperlo con su voz ruda.

—Bueno, ahí lo tienen. Borracho y asustado. Acaba de reconocer el cuchillo como de su propiedad. ¿Todavía les queda alguna duda respecto a quién la mató?

Nadie pronunció una palabra. Ni siquiera se movieron. Sólo los enormes ojos de Norma se posaron sobre el rostro crispado de Paul en un mudo reproche, o quizá de manera interrogativa. El los sostuvo apenas unos segundos, desviando los suyos apresuradamente.

Joshua Mortenson se levantó poco a poco, tenso y frío. Sus ojos, semejantes a los de un reptil, no se apartaban del joven ni un

segundo.

—¿Es cierto eso, Paul? —preguntó. Su voz carecía por completo de expresión.

El interpelado irguió la cabeza.

—Están locos si creen que yo lo hice —balbuceó—. No había vuelto a ver a Cécile desde ayer por la mañana...

Raconelli dejó escapar una risita sarcástica. Los demás se mantuvieron en silencio, hasta que Henry Roth gruñó:

—Hay que reconocer que tenías motivos para matarla, Paul... y el cuchillo es tuyo... Creo que no debe, extrañarte que sospechemos de ti.

Paul se encogió de hombros, abatido.

—No les culpo —masculló—. Pero están equivocados. Me dolió la burla de Cécile, pero ni por un instante pensé en odiarla hasta ese extremo...

—Tendrá que demostrar que es inocente, amigo —rió Raconelli con sorna—. Mientras no suceda eso, le vamos a procurar unas largas vacaciones.

—Es usted un pésimo policía si piensa así —replicó Paul, enfureciéndose por instantes—. Es obligación de ustedes demostrar mi culpabilidad. Debieron haberle enseñado leyes antes de darle la chapa.

El detective enrojeció y apretó las mandíbulas, conteniéndose a duras penas. Para él, el hombre era culpable y no había más que hablar. No obstante, una firme mirada de su jefe impidió que replicase como deseaba.

El sargento Lemmon paseó por el salón unos instantes, abstraído. Cuando se detuvo, lo hizo muy cerca de Norma. Desde allí inquirió:

—¿Alguno de ustedes tiene alguna otra declaración que hacer?

Nadie pronunció una palabra.

—Muy bien —gruñó—. Mandaré retirar el cadáver. Por la mañana volveremos a verles y firmarán sus declaraciones. Y usted, doctor, ¿tiene algo más que añadir a su informe preliminar?

El médico forense, encogiéndose de hombros, dijo:

—Todo lo que puedo hacer, es reafirmar mi primera impresión. La muerte sobrevino entre las diez y las once y media de esta noche.

—¿Qué me dice de la poca sangre que aparece en el cuerpo y

sobre la mesa de billar?

El médico titubeó. Luego explicó evasivamente:

—Usted mismo ha visto que el cuchillo taponaba la herida...

—Ya... Bien, eso es todo aquí. Si se les ocurre cualquier detalle no duden en comunicármelo, en cualquier momento. Aunque a ustedes les parezca que no tiene importancia. ¿Comprendido?

Se encaminó a la puerta. Raconelli aferró el brazo de Paul, empujándolo hacia la salida. Entonces, la voz de Joshua Mortenson se elevó con fría calma, preguntando:

—¿Cuándo podremos disponer del cuerpo, sargento?

—Se les avisará.

La comitiva abandonó la sala. Un pesado silencio cayó sobre las tres personas que quedaron en ella. Ninguno pareció dispuesto a romperlo. Sólo Norma, levantándose, rompió la tensión.

—Estaré en mi cuarto si me necesita, señor Mortenson —murmuró—, y sin esperar respuesta salió también.

Los dos hombres se miraron larga y detenidamente. Henry Roth esbozó una sonrisa, encendió un cigarrillo y masculló en voz baja:

—Bueno, Jos... Parece que alguien ha estropeado tu diversión.

—Cierra la boca.

—Alguien les dirá a los polizontes que odiabas a Cécile con todos tus sentidos... A ellos no podrás exigirles que cierren la boca. ¿Has pensado en eso?

—No me importa en absoluto. Todo el mundo sabe que era una... una golfa.

—También hay mucha gente que conoce tus sentimientos hacia ella. El odio es difícil de esconder.

—¡Oh, cállate ya! Eso no me preocupa en absoluto. Cuando llegue el momento, sé qué he de decirles a esos pies planos. ¿Tienes algún otro comentario ingenioso para formular todavía, o podemos acostarnos?

—Está bien, Jos, no la tomes conmigo. Intentemos descansar lo poco que queda de esta noche.

Fue el primero en salir. Los helados ojos del dueño de la casa le siguieron con implacable fijeza.

Cuando quedó solo, Mortenson se recostó en la butaca y cerró los ojos. A juzgar por su expresión, los pensamientos que le dominaban eran muy agradables...

CAPITULO III

La despiadada luz del foco cegaba sus ojos. Las voces inmisericordes de los policías, taladraban su cerebro como clavos al rojo. Las preguntas eran disparadas una tras otra sin pausa, como disparos de ametralladora. Paul creía volverse loco.

—Sabemos que fue usted, Greene. Confiese de una vez.

—Díganos dónde estaba entre las diez y las once y media...

—¿Cómo consiguió entrar en la casa sin que le vieran?

—¿Por qué la mató, Greene?

—¡Confiese, estúpido!

¿Cuántos eran? Paul llevóse las manos a la cabeza, intentando cubrirse los oídos. Alguien le sujetó por los cabellos, sacudiéndole.

—¡Responda!

—¿Por qué la desnudó?

—¡Basta!

Su voz resultó más estridente que las de sus interrogadores.

Pero no le hicieron el menor caso.

—Sabemos que el cuchillo era suyo. Hemos encontrado sus huellas en la empuñadura. No tiene escapatoria, Greene. ¿Por qué no confiesa y terminamos de una vez?

—¡Hable!

—¡Confiese, bastardo!

—¿Cómo entró a la casa?

—¿Le abrió ella la puerta?

—¡No!

—¿Pues cómo entró?

—¡No entré, no la maté!

—¡Miente!

—¡Están locos! ¡Yo no lo hice!

La voz del sargento Lemmon irrumpió en el coro por primera vez. En contraste con las agresivas de los otros policías, la suya fue

una voz casi sedante para el acosado Paul Greene.

—Vamos a ver, empecemos por el principio. ¿Cómo se llama?

—Lo saben ustedes muy bien. Lo he repetido cien veces.

—Una más y serán ciento una. ¿Cuál es su nombre?

—Paul Greene.

—¿Profesión?

—Dibujante de publicidad.

—¿Dónde vive?

—Lombard 2.492, apartamento 47.

—Muy bien, Greene. Ahora, dígame por qué mató a la muchacha.

—¡Yo no la maté! ¿Es que no van a terminar nunca con eso?

—Sólo cuando usted confiese.

—Entonces tienen para toda su maldita vida. Soy inocente.

—Todos dicen lo mismo al principio. ¿Sabe que tenemos medios para hacer confesar a un tipo tan terco como usted?

—Seguro.

—Muy bien, ahórrenos molestias, ¿quiere? Y ahórreselas usted mismo. Cuéntemelo todo y podré descansar. Servirá de atenuante en el proceso y...

—No habrá proceso —gruñó Paul, agotado—. Yo no lo hice.

Lemmon soltó un juramento en voz baja. Llevaban horas con lo mismo. Estaba cansado, sudoroso. Y los detectives no tenían tampoco mejor aspecto que él, aunque en la oscuridad del cuarto no pudiera verlos.

—¡Maldito sea, Greene! Tenía las entradas para el teatro y la muerte de esa chica me estropeó la noche. Después, usted me obligó a prolongar el trabajo... y seguimos aquí, después de haber amanecido, perdiendo el tiempo. ¿Quiere que le sacuda un par de veces, sólo para ver si le gusta el tratamiento?

—Puede hacerlo. Las respuestas serán las mismas.

—Sabemos que ella se había burlado de usted. Los periódicos acababan de formular agudos comentarios, siéndose de un tipo al que una mujer había convertido en el hazmerreír de toda la ciudad... Un tipo llamado Paul Greene: Usted. Y perdió la chaveta y la mató. Muy bien, confíéselo y habremos terminado.

—Es cierto que se había burlado de mí. Pero no la odiaba... o por lo menos, no la odiaba de manera consciente. Todo lo que hice

después que apareció la historia en los periódicos fue, beber y beber... hasta que ustedes me encontraron.

—¡Cuentos! Usted fue a su casa y la mató.

—Ella se burló de mi —repitió Paul con voz contenida, como si hablase consigo mismo—. Además, descubrí que era una... una cualquiera, una maldita zorra. Había tenido aventuras con una infinidad de hombres. Y era viciosa y... y se ensañó conmigo, fingiéndome un amor que no sentía... y dejando que al final descubriese la clase de golfa que era. Todo eso es cierto, sargento... absolutamente cierto. Pero no la maté.

—Usted era el único con motivos suficientes para clavarle el cuchillo. Acaba de reconocerlo.

—No he reconocido nada. Alguien más debía odiarla lo suficiente para hacerlo.

—¿Quién?

—El asesino.

—Claro, usted.

—¡No!

—¡Miente!

—¿No lo comprende? Habían existido muchos hombres en su vida. Cualquiera de ellos podía estar resentido. Su propio padrastro la despreciaba... la odiaba. Ella misma me lo confesó. Lo sabía y se reía de Mortenson.

—¿Quiere burlarse de mí, Greene? Sólo le falta decirme que fue su padrastro quien la mató para que el asunto quede redondo. ¿Por quién me ha tomado?

—No digo que él...

—¡Fue usted, hijo de perra! —aulló la voz de Raconelli, procedente de su espalda.

Esa fue la señal, para que todas las demás voces se incorporasen nuevamente al concierto. Paul comenzó a experimentar la rara sensación de que su cabeza echaba a volar por su cuenta, vacía e hinchada como un globo. Creyó enloquecer y, convulsivamente, se levantó de un salto.

Una mano, como una garra, le sujetó por el cuello, obligándole a caer nuevamente en la dura silla. Dejó escapar un gemido, una protesta que nadie atendió.

Y las voces siguieron machacando su razón, debilitándole,

convirtiéndole a sus propios ojos en un ser deleznable, casi convenciéndole de que merecía mil veces lo que estañe sucediéndole...

Cuando las voces callaron, el sargento Lemmon volvió a la carga por su cuenta, casi suavemente.

—Está bien, Greene —dijo—. Usted afirma que es inocente. Deme una coartada que yo pueda comprobar y le creeré.

—¡Condenación! Ya le he dicho que...

—Una coartada, muchacho —le atajó el sargento—. El crimen fue cometido entre las diez y las once y media de la noche. Muy bien, ¿dónde estuvo usted en esas horas?

—No lo sé... en algún bar.

—¿En el que estaba cuando le echamos el guante?

—No... No lo sé. Creo que no.

—Dígame en qué bares estuvo. Voy a darle todas las oportunidades, comprobaré todos sus pasos, Greene ¿Dónde estuvo?

—¡No puedo saberlo! Entré en infinidad de establecimientos. No es posible recordarlo ni que me recuerden, a excepción del bar de Marty.

Lemmon masculló un juramento. Se disponía a replicar cuando en la oscuridad, se abrió una puerta y una voz anunció:

—Alguien quiere verle, sargento. En la sala de detectives.

—Bien...

Sudoroso, con los ojos enrojecidos y sin poder contener su agotamiento, el sargento Lemmon abandonó la oscura estancia y siguió al guardia que le había avisado. Recorrió un corto pasillo y entró en la sala de detectives.

Allí se encontró con el teniente jefe del Precinto. Le chocó su actitud un tanto cohibida. A su lado, había un hombre de unos cuarenta años, cabellos prematuramente grises y aspecto decidido. Este empuñaba una cartera de cuero y parecía ser el dueño de la situación.

El teniente gruñó:

—Sargento, éste es el señor Canaway, abogado...

El aludido adelantó un paso, interrumpiendo al policía. Con voz seca y airada estalló:

—Sé que tiene usted detenido a Paul Greene. Una detención arbitraria, falta de base y efectuada sin ninguna prueba consistente.

Me propongo presentar una demanda contra ustedes por detención ilegal, ocultación sistemática del detenido, trasladándolo de un Precinto a otro para impedirme entrar en contacto con él y, una vez haya visto el estado en que se encuentre mi cliente, quizá pueda añadir algunos cargos más...

—¡Espere un minuto! —gritó Lemmon, aturdido por la andanada.

—Traigo un mandamiento de *habeas corpus* debidamente firmado —le atajó el abogado sin hacerle el menor caso—. Exijo la inmediata libertad de mi cliente, o, en caso contrario, una acusación formal y debidamente razonada.

Lemmon sabía de sobras que no tenía base alguna para detener y acusar legalmente a Greene. Sintió un sudor frío deslizarse por su espalda y al mismo tiempo la indignación le dominó. Estaba convencido de que tenía al culpable entre sus manos; solo era cuestión de tiempo hacerlo confesar...

La seca voz del hombre de leyes remachó:

—Hace cinco horas que busco a mi cliente, sargento. Empezando por la Central y siguiendo después por todos los Precintos hasta dar con usted. Exijo también una explicación de la presencia de Paul Greene aquí, en un Precinto al que no pertenecen ni usted, ni la jurisdicción territorial de los hechos...

Lemmon tragó saliva. Supo que estaba vencido momentáneamente. Si retenía a Greene sin más pruebas que los indicios con que contaba, el fiscal pediría su cabeza en cuanto metiera la nariz en el asunto. El maldito abogado se había salido con la suya después de todo.

—Okey, picapleitos —refunfuñó—, puede llevarse a su cliente... y conservarlo en una vitrina hasta que pueda acusarlo en toda regla.

Giró sobre sus talones y salió de la sala. El teniente carraspeó. El abogado esbozó una sonrisa, encendió un cigarrillo y esperó pacientemente.

Poco después, Paul se reunió con él y ambos abandonaron el edificio sin cambiar más palabras que las necesarias.

Sólo cuando estuvieron cómodamente instalados en el coche del abogado, el joven indagó:

—¿Cómo ha intervenido usted en esto, Canaway?

—Uno de sus extraños amigos me sacó de la cama a las cuatro

de la madrugada... es el dueño de un bar llamado Marty.

—Debí suponerlo...

—Usted le había hablado de mí algunas veces... Lo recordó al ver que le detenían y me llamó. Y ahora, si no está demasiado cansado, empiece a contarme todo este embrollo desde el principio.

—No hay mucho que contar. Cécile Mortenson fue asesinada anoche, entre las diez y las once y media, según el forense. La mataron con un cuchillo de mi propiedad... un puñal malayo que yo guardaba entre otros objetos de arte. Alguien debió robármelo.

—Usted era novio de Cécile, ¿no es cierto?

—Íbamos a casarnos. O por lo menos, eso creía yo. Las ideas de Cécile al respecto eran muy distintas. Sólo quería burlarse de mí. Dada su posición social, los periódicos se ocuparon del asunto y...

—Leí esos estúpidos reportajes. ¿Por qué deseaba ella reírse de usted?

—La verdad es que no lo sé. Hace algún tiempo me rechazó cuando le dije que la quería. Pero dos meses atrás, a mi regreso de Los Ángeles, vino a mi encuentro. Se insinuó abiertamente, ¿comprende? Y aceptó casarse conmigo tan pronto como se lo pedí.

—Una conducta un tanto sorprendente, ¿no cree?

—No me detuve a pensarlo entonces.

—Ya, claro, no tenía usted ninguna razón para sospechar... ¿No tiene idea de cómo su cuchillo sirvió para matarla, Paul?

—Ni la más remota.

—Imagino, dada la forma como lo trata la policía, que no tiene usted tampoco ninguna coartada. ¿No es cierto?

—En absoluto. Estuve bebiendo en cuantos bares me salieron al paso, hasta recalar en el de Marty, donde la policía me encontró. Ni siquiera recuerdo en cuáles entré antes de llegar allí.

—Está bien, está usted excitado y cansado. Duerma y a última hora de la tarde me pondré en contacto con usted. Es preciso trazarnos una línea de conducta para evitarle más quebraderos de cabeza. A juzgar por la manera de comportarse de la policía, están muy seguros de su culpabilidad, muchacho, de manera que deberemos prevenir todas las contingencias. ¿Está de acuerdo?

—Realmente, necesito dormir... —reconoció Paul.

—Okey.

Poco después, el coche se detenía frente al edificio donde tenía

su apartamento. Paul estrechó la mano del abogado y se disponía a apearse, cuando éste le espetó:

—¿Mató usted a la chica, Paul?

—No.

—No le reportaría beneficios mentirme a mí. Lo sabe, ¿verdad?

—Por supuesto, pero no la maté.

—Le creo. Que descanse, muchacho.

El auto se alejó. Greene atravesó la acera y entró en el edificio con pasos cansados, como los de un viejo.

Realmente, sentíase como un viejo de cien años, después de todo lo vivido aquellas últimas horas.

Echado sobre la cama, trató de cerrar los ojos y dormir. Una tenue claridad entraba por las rendijas de la ventana. Quería olvidar que era de día. Quería olvidar los últimos sucesos. No fue un intento afortunado, ya que su mente se despabiló y los pensamientos le acosaron, de manera tan implacable, como poco antes le habían acosado los policías en aquella habitación oscura.

Pensó en Cécile, en los hombres que la habían amado pasajeramente. En la perversidad de la hermosa muchacha... y en tantas y tantas cosas que hasta entonces jamás se le hubiera ocurrido analizar, de no verse forzado por las circunstancias.

Y comprendió, con claridad meridiana, que era el único sospechoso ideal para la policía. No iban a dejarle en paz tan fácilmente...

Al fin, logró conciliar el sueño, no sin antes decidir, que intentaría sacudirse de encima las peligrosas sospechas de los polizontes.

Ese consolador pensamiento le procuró un sueño poblado de pesadillas, pero sueño al fin, que era lo que necesitaba...

CAPITULO IV

La oficina de Henry Roth, estaba en el último piso del brillante edificio donde tenía su cuartel general el imperio Mortenson. Los estudios de los dibujantes, fotógrafos, de grabación y atención de clientes de la gigantesca empresa Mortenson, ocupaban la mayor parte de los despachos, pero en la cumbre quedaban los suficientes, para que Roth pudiera llevar un eficiente control de la agencia de modelos, hermosas muchachas que aparecían en revistas, spots de televisión y otros medios publicitarios, además de los desfiles de modas y, en general, en cuantos lugares y ocasiones requerían la presencia de excitantes y bellas mujeres.

Paul Greene se detuvo un instante junto a la mesa de la secretaria de Roth. Era lo bastante conocido allí como para que la rubia de pecho exuberante le sonriera casi maternalmente.

—Quiero ver a Henry, linda. Ahora —gruñó Paul.

—Tú sabes lo ocupado que está, querido —esquivó la muchacha, sin dejar de sonreír—. Cuéntame, ¿qué...?

—Al demonio con eso. O me anuncias o entro sin ceremonia.

La sonrisa se heló en los rojos labios de la rubia. Durante un instante sostuvo la decidida mirada de él y al fin manipuló en el interfono. Con voz impersonal, dio cuenta de la visita de Paul.

Cuando recibió respuesta, éste ya estaba en camino de la puerta de caoba que daba paso al despacho del gerente de la agencia.

Roth no dio muestras de alegrarse de aquella intrusión, pero se esforzó por mostrarse cortés desde el principio. Paul dijo:

—Sé cuáles son sus sentimientos hacia mí, Henry, de manera que no es preciso que se esfuerce en ser amable.

Se dejó caer en la butaca destinada a los visitantes. Los ojos de halcón del hombre le examinaron con fijeza.

—Así que le soltaron —comentó—. No creí que tuviera usted tanta suerte.

—No fue cuestión de suerte. No tenían suficientes pruebas para retenerme.

—Está bien, Paul... no voy a decir que lo lamento, pero si realmente fue usted quien la mató, espero que encuentren pronto esas pruebas.

—No las encontrarán —masculló el aludido entre dientes.

—Sospecho que no ha venido aquí solo para decirme eso, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Quiero que me hable de Cécile, Henry.

El financiero enarcó las cejas, dominado por la sorpresa.

—¿Por qué yo? —inquirió—. Se supone que es usted quien iba a casarse con ella. Debía conocerla lo suficiente para que ahora le preocupe el pasado de Cécile.

—Me he dado cuenta de lo poco que la conocía en realidad. Usted hace años que está en relación con los Mortenson. Debía saber la clase de mujer que era Cécile, la vida que llevaba... y los hombres que tenían más o menos intimidad con ella. Es de esos hombres de quienes quiero que me hable.

—Mire, Paul, déjelo correr. Todo lo que conseguirá será sacar a la luz hechos que es preferible que se olviden...

—No voy a dejar que se olviden, mientras pende sobre mi cabeza una acusación de asesinato. Yo no la maté, por consiguiente alguien debió hacerlo y voy a encontrarlo. Espero que esto aclare sus dudas.

—Lo único que se me ocurre, es, que está usted buscándose muchas dificultades, muchacho. Encontrar al asesino es tarea de la policía.

—Ellos creen que fui yo. Todos sus esfuerzos están concentrados en buscar pruebas contra mí, seguros como están de que siguen la buena pista. Bien, están perdiendo el tiempo y dándole facilidades al criminal para borrar su rastro. ¿Entiende?

Roth, encogiéndose de hombros asintió. Luego dijo:

—No obstante, no va a conseguir usted nada. Suponiendo que no sea usted el criminal, no veo que tenga experiencia suficiente en esos trotes para encontrarlo...

—Lo intentaré. ¿Quiere hablarme de los hombres que había en la vida de Cécile? Es lo único que le pido.

—Bueno, me gustaría saber la razón que le induce a creer que yo

los conozco, pero en fin... Uno de los más asiduos acompañantes de la muchacha era Joe Dell.

—¿El fotógrafo?

—No conozco a otro de ese nombre.

—Ya veo... Siga.

—Charles Bonner.

Paul no pudo contener un respingo de sorpresa.

—Empiezo a comprender hasta dónde llegó mi estupidez —dijo entre dientes—. Bonner estuvo presente, cuando ella me dejó plantado en la barra del *Master's*.

—Sé que hubo otros —reconoció Roth con cierta maligna satisfacción—, pero desconozco sus nombres. Siempre pensé que era usted excesivamente inocente en este asunto, Paul...

—Hay muchos que deben opinar lo mismo a estas horas. ¿Eso es cuánto puede decirme?

—Lo siento, pero creo que incluso he sido demasiado complaciente. Sigo opinando que fue usted quien la mató, pero no deseo juzgarlo por anticipado. Ahora, le agradeceré que me deje trabajar en paz... y no vuelva por aquí si es posible.

—Veremos —gruñó Greene entre dientes.

Levantándose, salió del despacho con rostro sombrío. Cuanto más averiguaba sobre la mujer que había estado a punto de ser suya, más barro aparecía a su alrededor. Un fango pestilente que le repugnaba remover, pero que era preciso hacerlo si quería librarse de la acusación de asesinato que le amenazaba.

* * *

El estudio fotográfico de Joe Dell ostentaba una muestra tan grande como la pantalla de un cine, sostenida por unos pies de acero, a un lado de Columbus Drive. En la pantalla, el rostro sonriente de una mujer, espectacularmente hermosa, sonreía a cuantos pasaran a media milla de distancia.

Detrás de la pantalla, un lujoso *bungalow* se erguía en medio de medio acre de fino césped. La mitad de la construcción servía también de vivienda al fotógrafo, como Paul sabía bien por haber estado allí otras veces.

Dejó el coche en la calle y anduvo por el sendero hasta la

entrada. Había un deslumbrante “Lincoln” convertible en la plazoleta, limpio y reluciente como un diamante.

Le abrió la puerta una rubia de ojos verdes. Iba vestida con un traje de baño de dos piezas, tan diminutivo, que apenas si dejaba lugar a la imaginación. Tenía una figura tan rotunda, que Paul parpadeó al verla, asombrado.

La muchacha dijo con sequedad:

—El señor Dell está muy ocupado. No podrá atenderle hasta dentro de un par de días...

—Me atenderá ahora —le espetó Paul, entrando resueltamente, para lo cual tuvo que apartar a la rubia sin demasiada amabilidad—. Dígale que mi nombre es Paul Greene.

—Es inútil, no... ¡Eh, un momento! —exclamó de pronto—. ¿Quiere decir que es “ese” Paul Greene que...?

—No hay otro. ¿Dónde está Joe?

—En el estudio. Estábamos trabajando... Espere aquí.

Desapareció con un violento contoneo. Paul trató de imaginar la clase de trabajo que estarían realizando en el estudio, pero pronto abandonó la idea para concentrarse en su problema.

La rubia volvió en menos de un minuto.

—Dice Joe que puede usted pasar. Creo que ya conoce el camino.

El asintió y se internó en la casa sin que la mujer le siguiera.

Joe Dell era un tipo delgado, alto y flexible, con una cabellera que no debía haber sido cortada en muchos meses. Sus fotografías eran siempre pequeñas obras maestras, especialmente las que representaban a las hermosas modelos de la agencia de Mortenson y Roth. Tenía unos ojos fríos e inquisitivos, calculadores y un mentón proyectado hacia adelante que le daba cierto aspecto agresivo. Al entrar en el estudio, Paul le sostuvo la mirada durante unos instantes.

—Bueno, muchacho —dijo el fotógrafo, con tono venenoso—. Han llegado ciertos rumores hasta mí, que me han inducido a creer que estabas en manos de los polizones. ¿Es que te has escapado de ellos?

Se echó a reír, apartándose de la cámara que se sostenía sobre un trípode de aluminio.

Estaba ante un pequeño escenario con un fondo de terciopelo

rojo. Había un diván en medio, también tapizado del mismo color. Paul se imaginó, confusamente, a la hermosa muchacha del dos piezas tendida en él, con su fina piel reflejando el rojo de la tela...

—Puedes ahorrarte los sarcasmos y ahorrármelos a mí de paso. Si esos rumores que has oído eran completos, ya estarás enterado de lo que le ocurrió a Cécile, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Alguien la mató. Me dijeron que habías sido tú.

—Se precipitó el que te dijo eso.

—Me alegrará que la policía crea lo mismo. ¿De veras no la mataste, Paul?

—¿Crees que lo diría si lo hubiese hecho? No seas idiota.

—Muy bien, tú dices que no lo hiciste y lo creo. Ahora dime qué puedo hacer por ti.

—Por ejemplo, hablarme de tus relaciones con ella, Joe.

Si Paul esperaba que el fotógrafo demostrase alguna sorpresa, esperó en vano. Permaneció en la misma tranquila actitud. Incluso sonrió. Sólo dijo con sorna:

—Así que, ya lo has averiguado... Un poco tarde, creo yo.

—Demasiado tarde —rectificó Greene—. Tú tenías una gran intimidad con ella. Ya sabes a lo que me refiero; entrevistas íntimas, a solas... tal vez aquí mismo y cosas así. ¿Hubo anoche alguna de esas citas tal vez?

—Oye, espera un momento. ¿Qué es lo que pretendes, cargarme con el mochuelo?

—Ojalá pudiera —masculló Paul entre dientes—. Pero solo quiero saber la verdad de lo que sucedió anoche, eso es todo.

—¿Y por qué supones que voy a responder a tus impertinencias?

—Porque de lo contrario tendrás que contestar las impertinencias de los polizontes, cuando yo les diga ciertas cosas relativas a tus citas con Cécile. Puedes apostar que les encantará escucharme.

—Ya veo...

Antes que Paul pudiera seguir adelante, la rubia entró sosteniendo una pequeña bandeja en la que tintineaba el hielo dentro de los vasos. Joe Dell escanció licor en los tres y repartió luego uno a cada personaje.

Tras beber un sorbo, dijo con desfachatez:

—Presumo que no llegaste a conocer muy bien a Cécile, ¿no es

verdad?

—Pensé que la conocía, pero me equivoqué.

—Seguro. Era una de las zorras más grandes que han pisado esta ciudad y puedes creer que sé de qué hablo, muchacho.

La rubia carraspeó, antes de exclamar con acento tenso:

—No deberías hablar así, Joe. Ella ha muerto.

—¿Y por eso no puede decirse la verdad, querida? —rió el fotógrafo—. A ella no le importaría si pudiese opinar. Además, Cécile sabía perfectamente que era una golfa y no le importaba que los demás lo supieran también. Sólo durante el corto tiempo que sostuvo relaciones con Paul, adoptó ciertas precauciones para guardar las apariencias de respetabilidad.

—Tú debes saberlo, habiendo gozado de sus favores durante ese período de tiempo —le espetó Paul con los dientes apretados.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No importa ahora. ¿Tienes inconveniente en decirme dónde pasaste la noche, Joe? Entre las diez y las once por ejemplo.

—Esa es una pregunta que no debería responder, pero imagino que tarde o temprano me la harán los policías encargados del caso. Bien, estuve aquí, trabajando en el estudio hasta aproximadamente las doce y media.

—¿Desde qué hora?

—No lo sé con exactitud, pero indudablemente desde antes de las nueve de la noche.

—¿Solo?

—Por completo. Irene se marchó a eso de las ocho y media, después de posar para una serie de fotos. Yo me quedé para revelarlas y hacer de paso algunos otros trabajos pendientes.

—De manera que no tienes coartada, Joe.

—En absoluto. No obstante, no me preocupa mucho eso. No voy a necesitarla.

—De eso no puedes estar muy seguro. Además, puedes estar mintiendo, ¿no es así? Tú y Cécile y vuestras entrevistas secretas... me pregunto si el viejo Mortenson estaba enterado de eso.

—¡Oh, seguro que sí, muchacho! Lo sabía al detalle —rió el fotógrafo.

—Y ella ¿no estaba asustada al saber que su padrastro conocía sus... digamos deslices?

—No seas más inocente de lo que ya pareces. A Cécile no le importaba un bledo lo que el viejo pudiera pensar o decirle. Se odiaban y eso ya debes saberlo. Él la despreciaba y ella le correspondía con la misma moneda. Además, Mortenson estaba enterado de los otros devaneos de su hijastra. Cécile tenía una especial debilidad por los nombres apuestos, pero todavía gozaba más fastidiando al viejo. Era la zorra más cínica de cuantas he conocido.

De nuevo, la rubia no pudo contener un gesto de desagrado.

—Sabía que en ocasiones eras despreciable, querido —dijo con voz helada—, pero nunca sospeché hasta qué grado podías llegar a ser repugnante. Deberías hablar de Cécile, por lo menos con piedad.

—Ella jamás tuvo piedad para nadie. Y si no lo crees, pregúntale a Paul... él podría decirte mucho de la bella Cécile.

El aludido contuvo los deseos de aplastarle las narices al fotógrafo. En lugar de hacer eso dando rienda suelta a sus ansias, dijo:

—Tu manera de hablar, Joe, parece inspirada por el despecho. ¿Es que te habías peleado con ella tal vez?

—¡Oh, sí, infinidad de veces! Pero Cécile estaba hecha de tal manera que siempre volvía. A veces la provocaba solo por el placer de recibirla después, arrepentida y ansiosa.

—Y tal vez habíais peleado anoche...

—Anoche no la vi, Paul. Estás perdiendo el tiempo por ese lado. ¿Qué crees que vas a conseguir?

—Quizá llevar a alguien a la cámara de gas, Joe.

Eso tomó de sorpresa a su interlocutor, de manera que reinó un corto silencio, que fue roto por la muchacha al preguntar:

—¿Vas a necesitarme más esta noche, Joe?

—No, puedes vestirme.

La muchacha giró sobre sus pies desnudos y desapareció. Paul encendió un cigarrillo, contrariado.

—Suponiendo que estés diciendo la verdad —masculló—. ¿Dónde y con quién estuvo ella anoche?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Sólo tenía que chascar los dedos y tenía a un hombre a sus pies. Le gustaba variar, ¿comprendes?

—Al escucharte a ti ahora comprendo muchas cosas, entre ellas que a Cécile le gustaba también la basura.

Joe Dell, echándose a reír, demostró lo poco que le importaba la opinión que su visitante pudiera tener sobre él.

Después dijo, dando por terminada la entrevista:

—¿Por qué no vas a preguntarle a Charles Bonner lo mismo que me has preguntado a mí? Él también era uno de los favoritos en el serrallo de Cécile.

—Pienso hacerlo también... Quizá él sí tenga una buena coartada para la hora del crimen, Joe.

—Todos los criminales suelen tener una buena coartada... debieras saberlo si pretendes convertirte en detective.

Estaba riendo todavía, cuando la rubia reapareció ya vestida con un conjunto gris perla, tan ajustado, que las firmes curvas de su cuerpo resultaban casi tan visibles como con el traje de baño.

—Lláname mañana si me necesitas —dijo—, dirigiéndose al fotógrafo—. Aunque tardará días en desaparecer de aquí la peste a zorrino.

Nerviosamente, se encaminó a la salida con su andar ondulante. Paul, tras dedicar un frío vistazo a Joe Dell, la siguió a paso vivo, para alcanzarla antes que desapareciera.

Detrás de él, el fotógrafo siguió riendo hasta verlo desaparecer, pero al quedar solo, la sonrisa se esfumó de sus labios como si jamás hubiera estado allí. Su mirada se convirtió en un témpano de hielo y hasta que escuchó golpear la puerta de la calle no volvió a adoptar su expresión anterior.

CAPITULO V

Paul vio que la muchacha se alejaba calle abajo taconeando enérgicamente por la acera. Se apresuró a alcanzarla, colocándose a su altura.

—Me gustaría acompañarla a donde vaya —dijo—. Tengo el coche frente al jardín de Joe.

Ella le miró calculadoramente.

—¿Por qué? —inquirió.

—Deseo hablarle. O, mejor dicho, que usted me hable de algunas cosas que me interesan.

—¿Cree que podrá interrogarme como si fuera un vulgar polizone?

Él sonrió, tratando de parecer amistoso.

—Por lo menos —dijo—, lo intentaré.

Ella se detuvo. Estuvo unos segundos mirando al joven como si intentara penetrar en su interior y al fin esbozó una leve sonrisa.

—Muy bien, me arriesgaré —murmuró.

La escoltó hasta el auto. Luego, condujo en silencio hasta alejarse de allí, pensativo y preguntándose cómo podría sacar el mejor partido posible de tan espectacular compañera.

Finalmente, aventuró:

—Usted conocía a Cécile, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Era mi mejor amiga. ¡Ese bastardo! —exclamó con vehemencia.

—¿Joe Dell?

—Seguro. Es ruin, egoísta y sucio. La pobre muchacha muerta y él hablando de manera tan indecente de ella. ¡Es un miserable!

—No obstante, usted trabaja para él.

—¡Oh, claro que trabajo para él! Es uno de los fotógrafos que mejor paga. Pero eso no quiere decir que tenga que convertirme en su propagandista. Es un cerdo —remachó con energía.

—¿Sabía usted que era amante de Cécile?

—Sí.

—Por casualidad, ¿sabe si ha dicho la verdad en lo tocante a ayer noche?

—De eso no tengo la menor idea. Es cierto que terminé el trabajo con él a la hora que ha declarado. Después, no sé lo que hizo.

—¿No estaba citado con nadie?

—Quizá sí... parecía impaciente por terminar las “tomas”. Pero no puedo afirmarlo, naturalmente.

—Hábleme de Cécile, ¿quiere?

Irene le miró con el ceño fruncido, como si le valorara. Después habló con voz lenta.

—Cécile era una buena chica... en la mayoría de aspectos. Su vida había sido difícil, amarga y sin alegrías. No debe extrañarle que buscara aturdirse, olvidar en un desenfreno de placeres los años difíciles soportados al lado de su padrastro. Para ella, los hombres eran como una afirmación de su personalidad.

—No le he pedido que me haga la ficha psicológica —rezongó Paul, impaciente—. Es la vida de Cécile, antes que yo me dejara cazar por ella, lo que me interesa.

—Habiendo llegado casi al pie del altar con Cécile, debería saber usted todo eso a la perfección... pero creo que, después de todo, no es extraño que lo ignore. Ella debía tener sumo interés en mantenerle con los ojos vendados. Bueno, no sé si sabe que el viejo Mortenson la odiaba, casi con tanta intensidad, como ella le odiaba a él.

—Sé el antagonismo que había entre los dos. Cécile no se molestaba en disimularlo. Lo que ignoro es el motivo de semejante odio.

—Todo era debido a que la madre de Cécile, cuando se cansó de soportar el despotismo de Mortenson, le abandonó. Después se supo que estaba viviendo en Los Ángeles con un hombre. El viejo se quedó con la niña y concentró su despecho en ella, ya que en realidad no era su hija... supongo que todo lo que hizo fue trasladar su odio de la madre a la hija.

—¿Por qué Cécile soportó semejante estado de cosas? Para ella, debía ser un infierno vivir bajo el mismo techo con el hombre que

le demostraba un aborrecimiento tan manifiesto.

—¿Y qué podía hacer? Se había acostumbrado a una vida cómoda, rodeada de riqueza. Si abandonaba a Mortenson, todas sus comodidades se acabarían. Decidió soportarlo hasta su mayoría de edad. Entonces, se lanzó a una vida de desenfreno. El viejo nunca intentó retenerla, hacerla cambiar de rumbo... Creo que en el fondo gozaba viéndola cómo se degradaba más y más. Incluso pagaba todas sus, deudas, hasta las de juego, sin hacerle ningún reproche. Le sobra el dinero y consideraba eso como una inversión necesaria para su venganza.

—Comprendo. Ahora, tal vez pueda usted indicarme alguno de los hombres que significaron algo especial en la vida de Cécile. Aparte de Joe Dell y de Charles Bonner, claro está.

—Mire, aunque yo le dijera el nombre de media docena de tipos, usted no adelantaría mucho. Creo que todo se reduce a encontrar a uno de ellos... y de ese no sé nada.

—¿Se refiere al asesino?

—Al que quizá fue el asesino. Por lo menos, Cécile le temía.

Paul se enderezó nerviosamente. Notó que su pulso se alteraba ante lo que parecía ser un buen indicio.

—Deme detalles de ese individuo —pidió.

—No podría dárselos aunque quisiera hacerlo. Nunca me dijo el nombre de él... solo que era un hombre peligroso y que le infundía temor. Además, me confesó que le repugnaba.

—¿Y no puede recordar algún detalle que me permita identificarlo?

—No, lo siento... Había cosas sobre las cuales era muy reservada.

—¿Cree que al igual que a usted, le habló también a alguien más de ese hombre?

—Tal vez...

—¿A Joe Dell, por ejemplo?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Cécile tenía mucha confianza en Joe. Pero en realidad solía confiar en otros también, sin detenerse mucho a pensar en el valor de sus confidencias.

—Por lo menos, ¿le dijo por qué le inspiraba miedo ese hombre?

—Creo que la perseguía y a ella le repugnaba, no podía soportarlo.

—Ya veo... Creo que volveré a hablar con Joe sobre este particular.

La muchacha tuvo un sobresalto.

—No le diga que he sido yo quien le ha informado de eso, por favor. No me gustaría que Joe se dedicase a perjudicarme en la agencia. Las quejas sobre una modelo pueden causarnos muchas molestias.

—Comprendo.

Pocos minutos después, él detuvo el coche ante el edificio que Irene le indicó y dejó que ésta se apeara sin tratar de retenerla. Estaba convencido de no sacar nada más de ella.

Una vez se hubo despedido, dio la vuelta y emprendió el camino de regreso al bungalow de Joe. Durante el trayecto estuvo pensando que sería muy agradable para él poder vapulear al cínico fotógrafo... aunque solo fuera por su brutalidad al referirse a una mujer muerta, por mucha razón que pudiera tener.

CAPITULO VI

Joe Dell estaba sentado en el mismo sitio en que había tenido lugar la anterior entrevista. Sostenía un vaso entre los dedos, pero no bebía, abstraído, al parecer, en profundos pensamientos.

Dio un respingo al oír abrirse la puerta. Al volverse, vio a Paul y achicó los ojos.

—Vaya, hombre —exclamó—. ¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Antes me he precipitado un poco al pasar por alto ciertas preguntas —rezongó el joven—. Por ejemplo, las confidencias que Cécile te hizo en diferentes ocasiones.

—¿Confidencias? No seas majadero, muchacho. Cécile no confiaba sus cosas a nadie.

—A ti sí; por algo habías alcanzado un alto grado de intimidad con ella.

—Te escuece que yo lograra de Cécile lo que tú no pudiste obtener, ¿no es eso? Bueno, pues, fue así y por mi puedes largarte al diablo con tu resentimiento.

—Me iré después que me hayas dicho quién es el hombre que ella temía.

Cogido de sorpresa, el fotógrafo acusó el golpe y tardó unos segundos en recobrarse.

—¿De qué estás hablando? —masculló—. Cécile no le temía a nadie. Confiaba demasiado en sus encantos para dominar a los hombres.

—Excepto a uno al que aborrecía. ¿Quién es, Joe?

—No lo sé. Nunca supe una palabra de ese individuo, si es que existe.

—Mientes.

Paul avanzó pausadamente hasta detenerse a un paso del fotógrafo. Durante unos instantes, éste sostuvo su brillante mirada. Luego, se ocupó de beber, rehuyendo el escrutinio. La voz de

Greene resultó seca y cortante cuando insistió:

—Vamos a ver, Joe, si eres razonable... Siento incontenibles deseos de aplastarte la cara a golpes y tú lo sabes. Mi aborrecimiento hacia ti no es debido a tus relaciones con Cécile, puesto que ya lo experimentaba antes de saber eso, así que no me des más motivos para hacer lo que deseo.

—Me pregunto dónde perdiste la razón, muchacho. ¿Esperas realmente que te diga algo que ignoro?

—“Sé” que me dirás lo qué he venido a saber... de una manera o de otra. Es mi libertad lo que está en juego. No voy a andarme por las ramas con una basura como tú.

—Me asustas —rió el fotógrafo, pero con una voz que en vano intentaba disimular su creciente temor—. Cécile debió volverte más loco de lo que todo el mundo cree. Créeme, olvida todo esto y lárgate de una maldita vez. Tengo mucho trabajo.

Los dientes de Paul chasquearon al apretar éste las mandíbulas con fuerza.

—Está bien, Joe, si lo quieres así...

El aludido de el vaso sobre la mesa, pero no se levantó ni adoptó ninguna actitud precavida. Sólo dijo:

—Me gustaría saber por qué la has tomado conmigo. Tú dices que no es por lo que hubo entre Cécile y yo...

—¿Recuerdas a Rosalind? —le interrumpió Paul.

—¿Esa borracha?

—Era una buena chica antes que tú la echases a perder. Posaba para mi y tenía ambiciones. Ahora solo tiene un horizonte: el *whisky*.

—Bueno, son cosas que pasan con esas golfas. Tú lo sabes, puesto que también utilizas sus servicios.

—Exactamente: utilizo sus servicios de modelo... solamente.

—Siempre has sido un ridículo sentimental, un romántico —rió el fotógrafo con burla—. Lo fuiste también con Cécile, de manera que no debe extrañarme que colocases a Rosalind en un pedestal...

Paul saltó como impulsado por un resorte. Su puño derecho subió como una centella en busca del prominente mentón de Joe, donde estalló como una carga de dinamita.

El fotógrafo dejó escapar un grito de dolor. La fuerza del impacto le proyectó hacia atrás, haciéndole saltar por encima del

respaldo de la butaca, que cayó con él produciendo un fuerte estrépito.

Temblando de ira y excitación, Paul masculló:

—No voy a desperdiciar más palabras contigo. Vas a lamentar haber sido un indecente bastardo toda tu vida...

Rugiendo de furor, Joe Dell sacudió la cabeza y, levantándose de un salto, se arrojó sobre su agresor como un toro salvaje.

Paul pudo esquivarlo a duras penas. Sabía que Joe no era blando, pero estaba cegado por la rabia y la vida que había llevado no era la más a propósito para mantenerse en forma. Así que esperó la siguiente acometida con todos los músculos en tensión.

Su enemigo logró recuperar el equilibrio y se volvió vomitando insultos. Su elástico cuerpo se distendió al saltar sobre él, pero lo hizo demasiado abiertamente y recibió un segundo impacto en el estómago, tan demoledor como el primero.

Cayó de rodillas, con las manos engarfiadas en el lugar machacado y sin voz con que aullar el dolor que sentía.

Cegado por el furor, Paul saltó y la punta de su zapato se incrustó, como un ariete, justo en el mismo punto del estómago de Joe donde antes había golpeado.

Eso arrancó hasta la última, partícula de aire de sus pulmones y el fotógrafo rodó sobre sí mismo cayendo de bruces. De cara al suelo, empezó a gemir débilmente, retorciéndose como una serpiente agónica.

—Quizá ahora quieras ser razonable, Joe —masculló Paul, plantado cerca de él—. A mi no podrás tratarme como lo hacías con tus admiradoras.

—¡Maldito seas!

—Eso es un elogio viniendo de ti.

—Pagarás, esto, hijo de perra...

—Tal vez. ¿Has recuperado la memoria por casualidad, Joe?

Logró ponerse a gatas y en esa posición respiró con anhelo, dejando escapar algún gemido de vez en cuando y mascullando insultos a medida que recobraba el aliento. Paul le apoyó la suela del zapato en la cara y empujó, tirándolo otra vez de espaldas.

—El individuo que asustaba a Cécile, ¿recuerdas, Joe? Quiero su nombre.

—¡Te mataré por esto...!

—Por lo menos, sé que te gustaría hacerlo. ¿Quién es, puerco?

Con evidente esfuerzo, el fotógrafo logró sentarse sobre la alfombra. Un hilillo de sangre se deslizaba de sus labios. Había una mirada homicida en sus estrechos ojos, que miraban a su enemigo con salvaje furia.

—Te lo diré —masculló con voz que temblaba—. Pero en la próxima ocasión no saldrás por tu pie...

—Hasta entonces, venga ese nombre.

—Cuando lo sepas no te sentirás tan gallito. Él puede aplastarte con una sola palabra. Cerrarte todas las puertas y hacer que no puedas vender ni uno solo de tus malditos dibujos...

—No existe nadie con semejante poder sobre mí. Escúpelo ya, antes que te haga saltar los dientes, Joe. Mi paciencia está llegando a su límite.

—El hombre que buscas es Henry Roth.

La revelación dejó sin habla al joven.

—¿Intentas tomarme el pelo, Joe? —gruñó después.

—No te gusta saberlo, ¿verdad? Anda, matón barato. Ve a hacerle preguntas a Henry Roth y jamás volverás a trabajar en esta ciudad...

—He hablado con él esta mañana... —murmuró Paul entre dientes, todavía bajo los efectos de la sorpresa—. No puedo creerlo. ¿Por qué Roth inspiraba temor a Cécile? Ha vivido durante años en la misma casa que Mortenson, en el pabellón. Se conocían perfectamente...

—Pregúntaselo a él, tipo listo. Sí, pregúntaselo. Me gustará ver cómo te barre a patadas de la profesión...

—Puedes apostar que se lo preguntaré —aseguró Greene entre dientes—. Pero si me has mentido, puedes empezar a rezar ahora mismo, porque luego estarás demasiado ocupado para hacerlo.

Girando sobre los talones, Paul se encaminó a la puerta. Su actitud no dejaba lugar a dudas sobre su decisión.

Antes que hubiera llegado a la salida, la voz casi histérica del fotógrafo lo detuvo en seco.

—¡Espera!

Volviéndose, miró al vapuleado Joe mientras se dejaba caer en la butaca, después de enderezarla.

—¿Qué nueva historia se te ha ocurrido ahora?

—Estoy pensando que... Bueno, te he hecho un favor al decírtelo, ¿no es cierto?

—Sólo si es verdad lo de Roth.

—Lo es.

—¿Y qué con eso?

—No me gustaría que le dijeras quién te ha revelado su nombre. Tú comprendes, ¿verdad?

—Ya veo... estás tan hundido, que tiembles solo con pensar en lo que él puede hacerte.

—Favor por favor, Paul...

Sin responder, el joven salió de la estancia apresuradamente.

Joe Dell, quedóse hundido en su butaca acariciándose los lugares machacados por los golpes de Greene. Con voz silbante, masculló una sarta de maldiciones, antes de agarrar el vaso como una tabla de salvación.

CAPITULO VII

El sargento Lemmon levantó la cabeza de los informes que estaba examinando, cuando se abrió la puerta de su despacho. Parpadeó al ver cómo el doctor Farrell entraba con sus pasos menudos y estuvo observándolo hasta verlo sentarse en la incómoda silla.

—No le esperaba tan pronto, doctor —dijo con sorna—. Sólo han transcurrido casi veinticuatro horas desde que se descubrió el cadáver. ¿Es que se ha decidido a trabajar por esta vez?

—Lo malo de usted, sargento, es que alguien le dijo una vez que era gracioso y se lo creyó... Tengo noticias, ¿sabe?

—Deben ser importantes cuando ha subido hasta aquí personalmente, en lugar de mandarme un enrevesado informe técnico.

—Usted juzgará si lo son.

El médico encendió un cigarrillo y aspiró el humo con fruición. Impaciente, Lemmon le apremió:

—Bueno, suéltelo de una vez, matasanos.

—Ahí va: la muchacha no murió de una cuchillada.

El sargento pegó un salto.

—¿Está hablando de Cécile Mortenson?

—Seguro. No me ha entregado usted ningún otro fiambre en las últimas horas.

—Entonces ha perdido usted el control sin duda alguna. La chica tenía todavía el puñal clavado en la espalda cuando la encontramos y ahora me sale con que no murió como resultado de esa puñalada...

—La estrangularon —espetó el forense con calma.

—¡Qué!

—Cuando le clavaron el puñal llevaba casi una hora muerta. Alguien la estranguló de manera especialmente brutal.

¿Comprende? El asesino no se limitó únicamente a apretarle el cuello hasta matarla, sino que le clavó las uñas salvajemente, arañándola. Debió llevarse partículas de piel adheridas a las uñas.

—Que me ahorquen. De manera que alguien apuñaló a un cadáver, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Absurdo.

—Todo lo absurdo que quiera, pero es cierto. Redactaré el informe detallado, pero he preferido decírselo antes para que pueda trabajar con esta nueva base.

—Gracias, *doc*. Oiga, según su apreciación de la manera como fue asesinada, se diría que el asesino, además de desear matarla, sentía un odio especial hacia ella. Ansiaba hacerle el mayor daño posible. ¿Es así?

—Podemos presumirlo. Ella debió intentar defenderse en un momento dado, ya que se distinguen algunos hematomas en distintas partes del cuerpo.

—Ajá, ese detalle nos lleva otra vez a nuestro sospechoso ideal, ese condenado dibujante...

—Recuerde que se vio obligado a soltarlo, Lemmon.

—La próxima vez me aseguraré de tenerlo bien amarrado. ¿Qué me dice del contenido del estómago de la víctima? Quizá eso nos permita establecer aproximadamente los lugares que visitó antes de volver a casa...

—Poca comida. Cenó frío y frugalmente. Pero había una gran cantidad de *whisky* y una pequeña porción de luminal.

—Un soporífero... Habrá que averiguar si los tomaba regularmente. ¿Mucha cantidad, *doc*?

—Yo diría que una tableta de adulto. Quizá dos... pero lo dudo. El cuerpo no pudo haber eliminado tanta cantidad. Me inclino a suponer que solo tomó una tableta.

—¿Suficiente para producirle un sueño profundo?

—No, si estaba habituada a los soporíferos.

—Pero supongamos que no era así, que nunca tomaba ninguna clase de pastillas para dormir. ¿Sería dormida que no advirtiese que estaban asesinándola?

—No lo creo... a menos que se tratase de alguna mezcla más cargada de barbitúrico. No he terminado el análisis todavía. ¿Le

sirve también ese dato para “amarrar” a ese Greene, como usted dice?

—La verdad es que no lo sé. Más bien temo que estropea el cuadro... No creo que Paul Greene tuviera oportunidad de administrarle un soporífero cuando la chica fue a acostarse.

—Tal vez estuvieron bebiendo juntos...

—Habrá que comprobarlo, pero es indudable que habían peleado, riñendo definitivamente. Los periódicos y en especial los dedicados a chismes de esta clase, están haciendo el negocio del año con esa noticia.

No es presumible que después de eso fueran a beber juntos.

—Bueno, eso es problema suyo, Lemmon. Ya le enviaré el informe completo cuando lo tenga listo. Diviértase.

—¡Vaya diversión! Ahora tengo que buscar a dos asesinos en lugar de uno. Y los dos por la misma víctima... ¿No es para reírse?

—Seguro, pero no veo que usted se ría precisamente.

El médico salió del despacho. Era muy cierto que el sargento Lemmon no tenía malditas las ganas de reírse...

Repentinamente, se levantó con tanta brusquedad, que el sillón salió proyectado hacia atrás con estrépito. Fue a la puerta, la abrió y con voz estentórea gritó:

—¡Raconelli!

Luego, volvió a la mesa con rostro sombrío, dejando abierta la puerta.

* * *

Paul aparcó coche a cierta distancia de la casa. Encendió un cigarrillo y quedóse en la acera, pensativo, mirando la alta verja de la residencia Mortenson. Pensó en la manera como sería recibido en la casa después de los recientes sucesos y el pensamiento le arrancó una mueca de disgusto. Arrojó el cigarrillo cuando estaba por la mitad y, sin mucho entusiasmo, se encaminó a la entrada.

El viejo Anthony acudió a su llamada. Su cara surcada de arrugas, parecía haber envejecido diez años en las últimas horas. Sonrió a Paul al reconocerlo, deteniéndose al otro lado de la verja.

—Buenas tardes, señor Greene —dijo con su voz cascada—. Me alegra verle.

—Gracias, Anthony. ¿Está el viejo en casa?

—El señor Mortenson no ha regresado todavía.

Eso era lo que Paul, suponía, por lo que indagó:

—¿Y Henry Roth?

—Tampoco. Debe estar en su despacho.

—No está allí. He intentado localizarlo durante toda la tarde.

—Únicamente la señorita Hunt está aquí, trabajando en la biblioteca...

—De acuerdo, Anthony, hablaré con ella. ¿Quiere abrir esta condenada reja, o tiene órdenes específicas de no dejarme entrar?

—Nadie me ha ordenado nada a este respecto —sonrió el anciano, franqueándole la entrada.

Anduvieron juntos por la avenida hasta la casa. Una vez en el vestíbulo, Paul dijo:

—Ya conozco el camino, Anthony, no necesita acompañarme.

—Llámeme cuando se vaya, señor Greene...

—Lo haré.

Antes que pudiera alejarse, el anciano carraspeó titubeante y luego murmuró:

—Quería decirle, que no creo una palabra de lo que dicen de usted, señor Greene...

Paul se detuvo, extrañamente turbado por la confianza del anciano.

—Gracias, Anthony —exclamó—. Realmente, no fui yo quien la mató.

—Estoy seguro de eso.

—¿Estaba usted aquí en el momento en que se cometía el crimen?

—Ana y yo estábamos en la cocina a aquella hora. No pudimos advertir nada inusitado, que pudiera hacernos pensar que sucedía algo tan espantoso.

—¿Estaba también aquí Henry Roth y los demás?

—El señor Roth y el señor Mortenson se habían encerrado en la biblioteca hablando de negocios. La señorita Hunt creo que estaba en su habitación. No se encontraba muy bien y se retiró temprano. No había nadie más en la casa.

—Ya veo. Muchas gracias, Anthony.

Al quedar solo, se encaminó a la biblioteca con pasos lentos,

reflexionando. Cuando llamó con los nudillos en la puerta seguía abstraído, de tal manera, que tardó unos segundos en reaccionar, al oír la voz de la secretaria autorizándole a entrar.

Norma Hunt estaba sentada detrás de la gran mesa escritorio, con un montón de papeles frente a ella y una pluma en la mano. Levantó la cabeza y no pudo ocultar su sorpresa al ver a Paul.

Este cerró a sus espaldas y avanzó.

—¿Te molesta mi visita, Norma? —inquirió el joven.

—No, en absoluto. Me sorprende solamente.

—He intentado localizar a Henry sin conseguirlo. Al fin he decidido que lo mejor sería esperarlo aquí... y eso me permitiría también hablar contigo al mismo tiempo.

—Bueno, siéntate, Paul. Aunque, con toda sinceridad, creo que si el señor Mortenson te encuentra aquí, no estará precisamente amable contigo.

—Ya lo imagino, pero eso no me preocupa. Dime, Norma... ¿crees tú también que maté a Cécile?

—No, Paul —dijo sencillamente.

Este suspiró.

—Afortunadamente, no todo el mundo la tiene tomada conmigo...

La hermosa pelirroja sonrió, sacudiendo la llama viva de su cabellera.

—Creo que eres excesivamente cándido, Paul —murmuró—, pero no eres un asesino. No sabes cuánto me costó mantener la boca cerrada cuando vi lo que Cécile estaba haciendo contigo...

—Por lo visto, había mucha gente que sabía qué clase de mujer era ella. Lástima que nadie tuviera el valor suficiente para advertírmelo a tiempo.

—Con sinceridad, Paul, ¿habrías escuchado a quién hubiera venido a ti con la historia?

El hombre vaciló. Poco a poco, esbozó una sonrisa.

—Creo que no —reconoció—. Estaba demasiado ciego. Lo más seguro es que le hubiera partido la boca a quién me hubiese hablado mal de Cécile.

—Ahí tienes la respuesta a tus dudas. ¿Cómo conseguiste librarte de la policía?

—Un abogado me sacó de entre sus garras. Hicieron todo lo que

estaba en su mano para mantenerme fuera del alcance de quien pudiera estar buscándome. Incluso me trasladaron de un Precinto a otro, interrogándome... creí volverme loco. Pero no tenían pruebas suficientes para encerrarme y ellos lo sabían muy bien.

—Imagino que pasarías un mal rato, ¿eh?

—No tienes ni la sombra de una idea de lo que fue aquello. Lo malo es que puede reanudarse en cualquier momento si no ando listo. Los polizontes siguen creyendo que fui yo quien la mató, ¿comprendes? Sólo esperan reunir alguna evidencia un poco más sólida, para echarme el guante otra vez.

—¿Y cómo piensas evitar que eso suceda, Paul?

—Anticipándome a ellos si es posible. Por eso estoy aquí.

—Tu interés por Roth, ¿está relacionado de algún modo con tu apuro?

—Por supuesto. He sabido algunas cosas de Henry, que exigen una explicación clara... antes que recurra a la policía. Quizá si les digo lo que sé, desvíen su atención hacia Roth.

Ella no pudo disimular su interés. Inclinandose hacia adelante sobre la mesa, quiso saber:

—¿Qué has conseguido averiguar, Paul?

—Sólo que, Cécile tenía miedo de Henry Roth. ¿Lo sabías?

Perpleja, la muchacha negó con un gesto de cabeza, que hizo llamear su espléndida cabellera. Cuando habló, dijo pensativa:

—¿No será todo una añagaza tuya para desviar las sospechas hacia Roth, Paul?

—¿Cómo puedes suponer semejante cosa? —protestó con energía.

Ella le miró fijo durante unos instantes. Al fin sonrió.

—Lamento haber dicho eso, Paul.

Este le devolvió la sonrisa. Aprovechó la ocasión para preguntar:

—¿Nunca observaste tirantez entre Cécile y Roth?

—Bueno, tú sabes... en esta casa había tirantez de manera permanente; entre Cécile y el señor Mortenson; entre éste y Roth; entre Roth y Cécile... siempre estaba la atmósfera cargada de tensión. No puede decirse que formasen un grupo bien avenido precisamente.

—Hay un detalle que la policía supongo habrá tenido en cuenta, pero que me intriga. Cécile era la única heredera de Mortenson. ¿A

quién va a dejar éste sus bienes ahora?

Antes que la muchacha pudiera responder, la seca voz del dueño de la casa restalló desde la puerta.

—¿Por qué no me hace esta pregunta a mí, Greene? —dijo en tono gruñón.

Norma no pudo evitar un pequeño grito de sobresalto. Paul giró sobre los talones y quedó enfrentado al viejo Mortenson. Los dos se miraron como gallos de pelea.

Luego, el millonario cerró la puerta y avanzó.

CAPITULO VIII

Joshua Mortenson fue a sentarse en una confortable butaca. Desde allí siguió mirando al joven con ojos brillantes y despiadados.

Paul dijo con voz clara:

—Muy bien, considere que le he formulado la pregunta a usted. Y voy a hacerle otra todavía... ¿cuánto tiempo llevaba escuchando detrás de la puerta como una sirvienta chismosa?

Una oleada de sangre inundó el rostro del viejo. Norma se asustó al ver la iracunda expresión de aquel rostro afilado.

Finalmente, conteniendo su ira, Mortenson rezongó:

—Acababa de llegar, justo, cuando usted formulaba su inteligente pregunta.

Paul observó que ya no le tuteaba como antes de la muerte de Cécile. El nuevo tratamiento contribuía a establecer una barrera entre el financiero y él. Eso no le preocupó más de la cuenta.

—Bueno, no importa mucho después de todo. ¿Qué hay de su testamento?

—¿Piensa que el beneficiario puede ser el asesino?

—Una herencia de esa cuantía, es un móvil más que poderoso para empujar a alguien a matar.

—De manera que insiste en su inocencia...

—Por supuesto.

—Será muy afortunado si logra convencer a las autoridades.

—Olvídese ahora de ellas. Todavía no ha respondido a mi pregunta.

—No he dicho que estuviese dispuesto a contestarle, pero ya no creo que sea muy importante mantenerlo secreto. ¿De veras quiere saber quién es el beneficiario, Greene?

—Quiero saberlo.

Por un instante, una mueca demoníaca resplandeció en la cara del viejo, mientras su mirada se paseaba de uno a otro de los dos

jóvenes. Luego espetó:

—El testamento que tengo firmado, está en manos de mis abogados. Muerta Cécile, la mitad de mi capital pasa a Norma y la otra mitad a mi socio, Henry Roth. ¿Satisfecho?

El grito de la muchacha impidió que Paul respondiera. Se volvió y la vio pálida y asustada. Se había puesto de pie y sus manos se aferraban al borde del escritorio convulsivamente.

—No es posible —susurró—. No puedo creerlo...

El viejo estuvo mirándola con su expresión mefistofélica en el semblante.

—¿Por qué no? Es usted una excelente muchacha, tanto profesionalmente como de manera personal y humana. En realidad, la aprecio, Norma, lo crea o no.

—Ella quizá le crea, pero yo no —le soltó Paul con voz seca—. Usted es incapaz de sentir afecto por nadie, ni siquiera por usted mismo. Ha vivido demasiados años sepultado bajo un torrente de odio y su corazón ha dejado de servirle para nada más que para bombear sangre.

—Eso no es muy amable por su parte. No haga que le arroje de esta casa antes de tiempo, Greene...

—Inténtelo. Se dará cuenta, que el Paul Greene que usted conoció hace tres días ha muerto. ¿Estaría usted dispuesto a responder otra pregunta, señor Mortenson?

—Hágala.

—En caso de haber vivido Cécile... ¿hubiera heredado ella la totalidad de sus bienes?

—La mitad solamente. La otra mitad habría ido a manos de Roth igualmente. El conoce perfectamente el negocio, ha contribuido a montarlo y engrandecerlo... es justo que se quede con él cuando yo muera.

—Así que, Norma no habría obtenido ni un centavo. ¿No es así?

—Veo que lo ha comprendido.

La voz estrangulada de la muchacha casi gimió a su espalda:

—¡Paul! ¿Cómo puedes darle crédito?

—Pero, Norma, no debe tomarlo por lo trágico. Realmente, ese testamento está redactado hace mucho tiempo —aclaró el millonario.

Cuando Greene se disponía a replicar otra vez, unos suaves

golpes en la puerta le impidieron hacerlo. Mortenson gruñó:

—¡Entre!

El anciano Anthony asomó la cabeza.

—El sargento Lemmon y otro detective desean hablar con usted, señor —dijo el mayordomo.

—Esos polizontes otra vez —rezongó el financiero—. Está bien, los atenderé aquí, Anthony.

El anciano se retiró. Casi inmediatamente, el sargento Lemmon y el detective Raconelli entraron al salón pisando con inseguridad la gruesa alfombra. Las miradas de los dos policías cayeron sobre Paul igual que dardos, pero con un leve tinte de desconcierto.

—No esperaba encontrarle aquí, Greene —comentó el sargento con sarcasmo—. Casi confirma usted la regla de que el criminal siempre vuelve al lugar del crimen...

Raconelli soltó una risita burlona. Los demás esperaron en silencio hasta que Mortenson estalló:

—Supongo, que ha venido usted para algo más importante que para hacernos escuchar sus agudos comentarios, sargento.

Lemmon no se inmutó.

—En efecto. Tengo algunas preguntas que hacerles. Espero que no pongan dificultades en las respuestas.

Raconelli sacó un cigarrillo, lo encendió y fue a apoyarse contra la pared, como desentendiéndose del asunto. Pero en realidad, sus ojos de ave de presa no perdían ni una sola de las expresiones de los personajes que se hallaban en la biblioteca.

—Haga sus preguntas y termine pronto —refunfuñó el millonario.

—En primer lugar, señor Mortenson, he creído conveniente informarle de que su hijastra fue muerta por alguien que la odiaba... en gran manera. El asesino se ensañó con ella, incluso clavándole salvajemente las uñas. El médico forense ha establecido este hecho sin la menor duda.

—Todo el que mata odia a su víctima —refunfuñó el millonario.

—No siempre, pero sí en este caso. Y por regla general, aunque mi criminal odie a alguien lo bastante como para matarlo, se limita a eso: a eliminarle sin más complicaciones. Muerto el objeto de su odio, muere también el rencor del asesino. Creo que me comprende usted.

—Perfectamente. ¿Tiene más detalles macabros de que hablar antes de marcharse, sargento?

Lemmon, haciendo gala de una flema a toda prueba, comentó:

—No parece que le hayan afectado mucho esas noticias, señor Mortenson.

—En absoluto. Alguien mató a mi hijastra. Ese es el hecho importante. La manera cómo lo hizo, no me importa.

—No deja de ser sorprendente su actitud —gruñó Raconelli desde su puesto.

—No lo es. Entre mi hijastra y yo, puede decirse que no existía relación afectiva alguna.

Lemmon dirigió una mirada fugaz a Paul. Tal vez estuviera pensando en las palabras de éste, cuando le dijo que Mortenson odiaba a Cécile sin disimulo alguno.

—Ya veo —masculló al fin—. Parece que las relaciones entre usted y ella eran algo más que tirantes, ¿no es cierto?

—Puede decir que eran pésimas. ¿Me convierte eso en sospechoso?

—Yo no he dicho eso.

Sin hacerle caso, el millonario gruñó:

—Creí que estaba usted seguro de la culpabilidad de Greene, sargento. Él era el candidato ideal.

Paul rebulló, furioso. Al volver la cabeza, sus ojos tropezaron con la inquieta mirada de Norma y se esforzó por sonreírle. Vio tal zozobra en la expresión de la muchacha, que un ramalazo de simpatía le obligó a acercarse a ella, murmurando:

—Olvídalo, querida. Ese saco de veneno no debe inquietarte.

Ella replicó en el mismo tono bajo:

—Me gustaría estar tan segura como tú, Paul...

Lemmon les dirigió una mirada distraída y volvió de nuevo su atención al financiero.

—A propósito, señor Mortenson. ¿Acostumbra usted a tomar algún soporífero por las noches?

—¡Nunca he tomado esas porquerías! Duermo perfectamente.

—Consecuencia de la tranquilidad de conciencia —le espetó Paul con sarcasmo.

Nadie pareció hacerle el menor caso. Estaba tan cerca de Norma, que percibía su perfume, un aroma cálido y suave, que parecía

surgir de cada uno de los poros de la piel tostada que lucía en sus brazos desnudos y en el gran escote.

Repentinamente, notó los dedos deslizarse entre los suyos. Captó su temblor y apretó la mano infundiéndole ánimo, aunque sin comprender a qué podía ser debida aquella inquietud.

Lemmon estaba diciendo:

—¿Alguien de los que habitan esta casa los toma regularmente, señor Mortenson?

—¿Soporíferos? —sostuvo la mirada del policía un largo instante. Luego preguntó a su vez—: ¿Qué importancia tiene eso? Cécile no fue envenenada con barbitúricos, sino apuñalada. ¿Por qué tiene ese interés ahora por los soporíferos?

—De momento yo soy quien hace las preguntas. Dígame, ¿alguien acostumbra a tomarlos?

—Yo los utilizo algunas veces —dijo Norma en una especie de susurro.

El sargento pareció olvidarse del viejo, para centrar su inquisitiva mirada sobre la asustada muchacha.

—¿Usted?

—Sí, pero no con regularidad. Sólo cuando, debido a un exceso de trabajo, estoy demasiado nerviosa para conciliar el sueño.

Paul, que no comprendía las intenciones del sargento, oprimió con más fuerza los dedos de Norma. Al mismo tiempo le aconsejó, sin importarle la mirada asesina de Lemmon:

—No digas una palabra más, Norma, hasta que el sargento ponga sus cartas sobre la mesa. No tienes ninguna obligación de responder a sus preguntas.

Lemmon bufó, mientras Raconelli se despegaba de la pared, dispuesto a intervenir.

Sin embargo, cuando habló el sargento, logró controlar perfectamente su voz:

—No se meta en esto, Greene, hasta que le pregunten. Puedo echarle fuera de aquí a tal velocidad, que no advertirá que está fuera hasta que se encuentre en la acera, ¿conforme?

—Sus preguntas son capciosas, sargento. Empiece por decir qué significa ese soporífero, solo para que sepamos a qué atenemos.

—No tengo inconveniente en eso. El forense ha encontrado rastros de uno de esos potingues en el estómago de la víctima.

¿Satisfecho ahora?

Paul se encogió de hombros. Mortenson masculló:

—Seguimos igual que antes. La mataron de una cuchillada. ¿Qué importancia puede tener el que hubiera ingerido un comprimido para dormir?

—¿Acostumbraba a tomarlos acaso?

—¿Cécile? No lo sé —reconoció el viejo—. No— me preocupaba de sus costumbres.

Norma, con voz más segura, murmuró:

—Nunca tomaba nada para dormir.

—¿Está segura?

—Sí.

—Está bien, ¿qué clase de pastillas toma usted de vez en cuando?

—Luminal.

Lemmon suspiró. Pensó que estaba resultando demasiado fácil.

—¿Sería tan amable de traernos el frasco con los comprimidos que le quedan, señorita Hunt? —pidió amablemente.

—Lo tengo en mi habitación. Iré por él.

Se encaminó a la puerta, desprendiéndose de los dedos de Paul. El sargento masculló:

—Raconelli la acompañará... Sólo para asegurarse de que todo está en orden.

El aludido se puso en marcha. Él y Norma salieron de la biblioteca. Mortenson gruñó:

—¿Ha trasladado ahora sus sospechas a mi secretaria tal vez, sargento?

—No necesito trasladar sospecha alguna. En realidad, todos los que se relacionaron con la víctima son más o menos sospechosos. Es una regla elemental de toda investigación...

Paul, no sin ironía, comentó:

—Ahora veo que lo que hicieron conmigo, es una regla elemental de todos los policías incompetentes. ¿Por qué cebarse conmigo, si sospecha de todos los demás por igual?

—No por igual, Greene. Usted tenía el mejor motivo para odiarla. El puñal era suyo y no puede ofrecer ninguna coartada para la hora del crimen. Sigue siendo usted mi sospechoso número uno, lo cual no me impide seguir adelante con la investigación, tal como

es mi deber.

—Hablando de motivos —rezongó Mortenson—. ¿Ha visitado usted a mi abogado, tal como dijo que lo haría?

—Sí, y he leído una copia del testamento.

Paul dio un respingo, mirando al viejo con expresión furiosa.

—¡Y decía usted que apreciaba a Norma! —exclamó—. ¿Qué clase de bastardo es usted, Mortenson?

—Empiezo a cansarme de usted, Greene. Otro comentario semejante y le arrojaré fuera de aquí.

Paul apretó los labios, sin apenas poder contener su indignación. A partir de aquel momento, ninguno de los tres hombres volvió a pronunciar una palabra hasta que Norma regresó, escoltada por el detective.

La muchacha entregó un pequeño frasquito al sargento. Instintivamente, fue a colocarse otra vez al lado de Paul, como una niña asustada en busca de apoyo y protección.

Lemmon leyó cuidadosamente la etiqueta. Hizo una mueca, guardándose la botellita en el bolsillo.

—Supongo —dijo—, que no recordará usted cuantos comprimidos deberían quedarle, señorita Hunt...

—No llevo las cuentas hasta ese extremo, sargento.

—¿Sigue usted asegurando que Cécile Mortenson no tomaba ninguna clase de soporífero?

—Por supuesto. Los aborrecía.

—Sorprendente. Bien, eso es todo por el momento. Buenas noches.

Él y su inseparable detective de primera, salieron de la estancia sin más ceremonias. Lemmon visiblemente preocupado y Raconelli con el mismo aire de conspirador que le caracterizaba.

Reinó un silencio. Fue Paul quien lo rompió con voz seca.

—Me gustaría saber dónde está Roth. ¿Siempre acostumbra a venir tan tarde?

—¿Es a él a quién ha venido a ver? —masculló Mortenson.

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo también tengo algunas preguntas que hacerle.

—Tendrá que aplazarlas, o hacérselas fuera de aquí, Greene. Ya me he cansado de su presencia. Además, debo despachar algunos

asuntos con Norma todavía y...

Paul le interrumpió.

—Tendrá que aplazarlos —dijo—. Norma no despachará nada más con usted... por lo menos hasta que todo esto se aclare.

—Me gusta su desfachatez. Ella sigue siendo mi secretaria le guste o no y cumplirá como tal mientras esté aquí. Y ahora, creo que ya le he soportado bastante, Greene...

Se levantó pesadamente. Norma, inquieta, miró a uno y a otro. Paul declaró con calma:

—Creo que debes saber que ese saco de odio, ha informado al sargento de las cláusulas del testamento, Norma. Lemmon ha visitado al abogado que lo custodia. ¿Piensas seguir aquí después de eso? Ha echado la atención de la policía sobre ti...

—Me iré —decidió la muchacha resueltamente.

Mortenson, plantado ante los dos jóvenes, le advirtió:

—No espere que vuelva a emplearla si se marcha ahora, Norma. Comete una estupidez al hacerle caso a Greene, créame... Piense un poco y se dará cuenta que a pesar de todo lo sucedido, él sigue siendo el principal sospechoso. Es más que posible que sea también el asesino...

Norma sostuvo aquellos ojos de reptil sin parpadear. Cuando el millonario calló, dijo suavemente:

—A pesar de todo, señor Mortenson, me iré ahora mismo. ¿Quieres esperarme, Paul?

—Con mucho gusto.

—El tiempo justo de preparar una maleta y estoy contigo. Lo demás mandaré a alguien a buscarlo.

Salió resueltamente. Durante unos instantes, los dos hombres permanecieron rígidos, mirando hacia la puerta por la que la muchacha acababa de desaparecer. Pero los pensamientos de cada uno eran diametralmente opuestos...

CAPITULO IX

Paul dejó la maleta en el asiento posterior del auto. Norma se acomodó delante, esperando que su acompañante pusiera el motor en marcha.

En lugar de hacer eso, Paul encendió un cigarrillo y dijo:

—Si no te importa, esperaremos un poco.

Ella comprendió.

—¿A Henry Roth?

—Por supuesto. ¿Conoces su coche?

—Es un “Cadillac” color crema.

—Bien, trataré de aprovechar el tiempo cuando llegue.

—Paul...

—Dime.

—¿Crees que es cierto lo del testamento?

—Seguro. El viejo no hubiera dicho una cosa semejante si no fuera verdad. Sólo, que es muy malo para ti que haya sido revelado ahora precisamente. En cierto modo, es una cosa que me favorece, porque obliga al sargento a dividir sus sospechas entre Roth, tú y yo.

Hasta ahora, yo había sido su único candidato a la cámara de gas.

—¡Por favor, no hables así, Paul!

—Lo siento, estaba silbando en la oscuridad solamente. La verdad es que estoy asustado, Norma. Sea quien sea que mató a Cécile, se aseguró de que me cargasen con el mochuelo... Me pregunto, cómo pude ser tan estúpido con ella...

—Cécile era astuta. Sabía cómo manejar a los hombres y por alguna razón que no comprendo decidió atraerte, aunque estoy segura que nunca pensó en casarse contigo.

—¿Te dijo algo al respecto alguna vez?

—No, pero la conocía muy bien...

El volvió la cabeza para mirarla en la oscuridad. Sólo distinguió la bella silueta de su perfil y se le antojó de una perfección rayana en el ensueño. Se sorprendió al pensar en eso y al advertir que mientras Cécile vivió, estuvo ciego para las otras mujeres, como hechizado por la fuerza de un misterioso influjo.

—Debieran enseñarnos en la escuela a conocer a las mujeres —masculló—. Quizá nos evitarían muchos disgustos.

Ella rió quedo, con la mirada fija en el parabrisas.

—Apuesto que sería la asignatura para la que habría más matrículas... ¡Paul! —exclamó de pronto, señalando un largo sedán que se detenía frente a la entrada de la verja.

—¿Es él?

—Sí.

—No te muevas de aquí.

Saltó fuera del coche y anduvo apresuradamente hasta el coche que acababa de llegar. Llegó junto a la portezuela cuando Henry Roth se disponía a subir otra vez ante el volante, después de haber abierto la verja con una llave.

El financiero no demostró precisamente agrado al reconocer al joven:

—¿Qué le pasa a usted, Greene, se ha convertido en saltador? —exclamó entre dientes.

—Quería hablar con usted, Henry. He estado ahí dentro por un tiempo. Luego, Mortenson me ha señalado el camino de la puerta y he decidido esperarle aquí.

—De manera que le ha echado —rió, con una risa forzada—. Eso es algo que no debe extrañarle a mi modo de ver. ¿Qué gran idea se le ha ocurrido ahora para cazar al supuesto asesino?

—Se trata de algo que me han dicho esta tarde, respecto a usted y Cécile.

—No creo que le sirva de nada escuchar todos los chismes que quieran soltarle...

—Eso no es un chisme. Cécile le temía a usted. Le aborrecía. Para emplear sus palabras textuales, según mi informante, usted le producía asco. No obstante, la perseguía. ¿Qué hay de cierto en eso?

—Nada en absoluto. ¿Quién ha sido el bastardo que le ha

contado esa fábula?

—He olvidado el nombre. Pero estoy seguro de que me ha dicho la verdad, en lo de que ella estaba asustada. ¿Por qué le temía, Henry, la había amenazado alguna vez?

—Nunca. Ya le he dicho que todo esto es pura fantasía.

—No lo creo. ¿Fue usted uno de los adoradores de la venus muerta, Henry?

—¡Vaya pregunta estúpida! Naturalmente que no.

—Usted vive en la casa, aunque ocupe ese pabellón aislado. Una convivencia continua con una mujer como Cécile, debió antojársele sumamente excitante... No creo que pudiera permanecer usted indiferente.

—Lo que usted, crea, no me importa lo más mínimo. ¿Eso es todo lo que tenía que decirme?

—Calma, Henry, no hemos terminado todavía. ¿Sabe usted que el forense ha encontrado luminal en el estómago del cadáver?

—¿Luminal? Cécile no...

Se interrumpió en seco. Paul sonrió en la oscuridad.

—Iba a decir que Cécile no tomaba soporíferos —le espetó—. No obstante, tomó un poco antes de su muerte. Seguramente, la misma clase de comprimidos que toma Norma en ciertas ocasiones...

—¿Quiere decir que la policía sospecha de Norma? Es una estupidez...

—Seguro, pero no por las razones que usted cree. Alguien se apoderó de las pastillas de Norma. Y eso no pudo hacerlo nadie de fuera de la casa...

—¿Adónde demonios quiere ir a parar? —estalló el financiero.

—Al hecho de que ella tenía miedo de usted. Y usted estaba en la casa y tuvo docenas de oportunidades para sustraer unas pastillas del frasco de Norma...

Henry dejó escapar un juramento entre sus apretados dientes.

—Comprendo que trate usted de salvar su pellejo —dijo con mal disimulada furia—. Pero no intente hacerlo a mi costa o le pesará. No soy hombre capaz de soportar una situación semejante por mucho tiempo.

—No me amenace, Henry.

—Nunca pierdo el tiempo con amenazas. Actúo, simplemente.

—Deberá actuar rápidamente si quiere impedir que facilite lo

que sé a la policía.

—¡Maldita sea no sabe usted una palabra de nada! Cécile y yo siempre fuimos como extraños, a pesar de vivir en la misma casa.

—Tal vez usted fuera un extraño para ella, pero eso no impedía que la persiguiera con sus pretensiones. Y con esa actitud le infundía temor. ¿Por qué temor, Henry? Cécile no se asustaba fácilmente de los hombres...

—Tampoco se asustó de mí. Esa es una burda patraña sin sentido. Y ya le he escuchado todo lo que soy capaz de aguantarle por una noche.

Manejó la palanca de cambio y antes de poner el coche en marcha todavía masculló:

—Y créame, Paul... déjelo correr, ¿entiende? Sólo conseguirá dificultades y usted ya debería saber que yo soy un mal enemigo en todos los terrenos.

El auto arrancó con una sacudida. Paul lo vio internarse en el jardín sin moverse de donde estaba. No había conseguido mucho de la entrevista, solo la seguridad de que a Henry le inquietaba lo que acababa de decirle, a pesar del férreo dominio de sus emociones.

Pensativo y satisfecho en cierto modo, volvióse y regresó a su coche. Consideraba que entre unas cosas y otras, había aprovechado el tiempo desde que se había librado de las garras de la policía.

CAPITULO X

El detective Raconelli entró en la oficina del sargento. Lo hizo con pasos cansados y expresión amargada.

—¿Y bien? —masculló Lemmon.

—Nada por ese lado tampoco —graznó el interpelado, dejándose caer en la silla—. Todo lo que él declaró relativo a su noviazgo, es cierto. Lo he comprobado a fondo.

—¿Cuándo se prometieron?

—Parece ser que ya hacía mucho tiempo que Greene estaba chiflado por esa pájara, pero no había tenido mucho éxito. Después, estuvo ausente cosa de dos semanas, en Los Ángeles, para una campaña publicitaria de la cual debía realizar él los carteles. Bueno, a los dos o tres días de su regreso ella le aceptó, casi echándose en sus brazos por propia iniciativa.

—Tal vez la ausencia —rió Lemmon, sin ganas.

—Bueno, se hicieron novios. Y hasta dos días antes de la muerte de ella, que riñeron y tuvieron una disputa terrible, parece que las cosas fueron bastante bien... ¿Sabe lo que pienso, sargento?

—Dígamelo.

—Esa fulana debía estar mal de la sesera. Era una ninfomaníaca sin duda alguna. ¿No lo cree usted así?

—Por supuesto. ¿Qué más ha averiguado?

—He dado centenares de patadas, sacando detalles de ese viaje de Greene. No hay duda que las fechas coinciden con sus declaraciones. También es indudable que ella fue a su encuentro y que riñeron cuando la mujer se rió de él en un lugar público, diciéndole que jamás había pensado siquiera en casarse y otras lindezas por el estilo...

—Resumiendo —masculló Lemmon—. Greene nos dijo la verdad en esto y tal vez la dijo también en todo lo demás. Cuando más tiempo pasa, menos seguro estoy de su culpabilidad. Él no pudo

tener acceso al luminal aquella noche, ni pudo invitar a beber a su víctima... Hay una serie de factores desconcertantes en este caso, Raconelli. Por ejemplo; el testamento. Tomándolo como motivo del crimen, tenemos que ese tipo, Henry Roth, heredaba lo mismo con Cécile viva como muerta. No le perjudicaba en absoluto el que ella siguiera viviendo. Y solo nos queda la secretaria como posible criminal...

—No parece el tipo de criminal capaz de un crimen semejante, sargento.

—Ya lo sé; no puedo olvidar, que si bien una mujer como ella tiene bastante fuerza para hundir un puñal en la espalda de otra dama, no la tiene para estrangularla de manera tan brutal. No, Raconelli; el asesinato fue obra de un tipo fuerte y loco de odio... no obstante, sigue intrigándome el extraño comportamiento de la muchacha, cuando arregló las cosas para hacerle creer a él que le amaba.

—¿Cree que eso es tan importante, sargento?

—Tengo la corazonada de que ahí reside la clave del asesinato, aunque maldito si tengo la menor idea de qué clase de clave es... Tendremos que profundizar un poco más al respecto. Y hablar otra vez con la secretaria. Me da en la nariz que no nos dijo todo lo que sabía.

—¿Qué noticias tiene de Greene?

—Está vigilando. Se mueve mucho, especialmente en compañía de ella, Norma Hunt. Están intimando bastante, según los informes.

—¿No habrían intimado ya antes de los hechos, sargento?

Lemmon achicó los ojos, fijándolos en el detective con repentino interés.

—Ahora creo que ha dicho usted algo, Raconelli. Realmente, si su intimidad data de hace tiempo, la cosa se presta a otras conclusiones.

—Seguro; para empezar, pudieron ponerse de acuerdo para que la secretaria pudiera embolsarse la herencia, haciendo él el trabajo rudo y ella el de zapa alrededor de Mortenson.

—Para eso debían conocer el contenido del testamento...

—¿Y quién nos asegura que no lo habían leído de arriba abajo? No hay que olvidar que ella es la secretaria del viejo. Pudo tener docenas de oportunidades de verlo.

—Habrá que comprobar eso también, así como la clase de relaciones que existieron entre Greene y la Hunt, antes de que él demostrase interés por Cécile Mortenson.

—Eso será fácil.

Lemmon asintió con un gesto, distraídamente, ocupado como estaba en dar forma en su mente a la nueva posibilidad. Al fin y con voz sin entonación, masculló:

—Me intriga que, si estamos en lo cierto, Greene esperase tanto tiempo a conquistar a Cécile, o a hacerlo precisamente a su regreso del viaje a Los Ángeles. Y también, si vamos a eso, no tiene sentido que se tomase tantas molestias, si de todas formas pensaba matarla para que su cómplice, la secretaria, pudiera embolsarse la herencia... Creo, Raconelli, que estamos de cemento. Eso no tiene lógica alguna.

—Bueno, quizá estamos dando vueltas en un círculo equivocado, pero es lo único que tenemos, a excepción del viejo. Este no se anda por las ramas a la hora de demostrar lo poco que apreciaba a su hijastra...

—De momento vamos a dejar al viejo buitre a un lado —rezongó el sargento de mal talante—, a pesar de que me gustaría mucho poder cargarle el paquete. Empecemos por el pasado de esa pareja y a ver qué sacamos en claro.

Raconelli se levantó de mala gana.

—Muy bien, lo intentaré.

Y salió del despacho con el mismo paso cansado que a su llegada.

* * *

Paul despertó a media tarde, después de haber dormido una larga siesta, cansado de haber pasado la noche anterior en vela casi por entero.

Permaneció tendido en el lecho mirando, sin ver las sombras que empezaban a formarse en los rincones de su estudio. Repentinamente, el teléfono le arrancó de sus cavilaciones con la estridencia de su llamada.

Saltó de la cama y lo descolgó. En los primeros instantes solo escuchó unos ruidos incomprensibles, junto con una especie de

jadeo, como el de alguien que estuviera muy cansado.

—Hable —exclamó—. Aquí Paul Greene.

—Paul...

Era una voz de mujer, pero vacilante, casi incomprensible.

—¿Quién habla? —indagó, extrañado.

—Oh, Paul... te necesito...

En el primer instante creyó que pudiera tratarse de Norma, pero inmediatamente desechó tal idea por absurda. Aquella voz no tenía la menor semejanza con la de ella.

—¿Quién es? —insistió.

—Rosalind...

—¡Caray, muchacha! Creía que ya te habías olvidado de mí...

—Tú sabes que no podría... siempre has sido bueno conmigo...

Pensó que debía encontrarse en algún apuro, seguramente monetario. Sabía que apenas si posaba para nadie desde que se había hundido en el vicio del alcohol. Por eso dijo:

—Okey, pequeña. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito verte...

—Muy bien. ¿Cuándo?

—Esta noche... después de las nueve. En mi apartamento.
¿Podrás venir, Paul?

—Seguro. ¿No puedes adelantarme algo de tu apuro?

—No es lo que tu crees... no se trata de dinero...

Eso le sorprendió, más disimulando dijo:

—Sea lo que sea, cuenta conmigo.

—Recuerda, querido... después de las nueve...

—Estaré ahí, Rosalind.

Escuchó el chasquido del auricular al otro lado y él también colgó, absorto. Decidió acudir a la llamada llevando alguna cantidad de dinero, en previsión de que fuera de esa clase el apuro de su ex modelo...

CAPITULO XI

Era un viejo edificio, sin pretensiones, aquel en que estaba el apartamento de Rosalind. Paul se detuvo en la acera y contempló la oscura entrada, en la que únicamente brillaba una amarillenta lámpara en un rincón.

Después, decidiéndose, entró y subió las escaleras hasta el segundo piso. Allí llamó a una puerta. Esperó en vano. Nadie respondió.

Notó una sensación desagradable en su interior. Pensó en Rosalind caída sobre la cama, ebria por completo. O quizá no hubiera tenido tiempo de llegar al lecho. Tal vez yacía en el suelo, inconsciente por culpa del alcohol ingerido...

Repitió la llamada por segunda vez, aunque sin mejor resultado. Entonces se decidió a probar el tirador de la puerta. Encontró que giraba y la abrió, colándose al oscuro interior silenciosamente.

Cuando hubo cerrado la puerta, tanteó en busca de la llave de la luz. Al encontrarla, la hizo girar y una solitaria bombilla se encendió, colgando desnuda en mitad de la desordenada salita.

Avanzó con precaución, esquivando las revistas esparcidas por el suelo y las botellas vacías que aparecían en los lugares más inverosímiles.

Tal como había supuesto, Rosalind estaba tendida en el suelo al lado de la revuelta cama. Paul se detuvo con un suspiro, mirando a la muchacha que él había conocido sana y alegre, pletórica de vida.

Era joven y su cuerpo lacio, apenas si estaba cubierto por una bata de seda verde que había conocido otros tiempos de mayor esplendor y que estaba abierta de arriba abajo revelando distintas extensiones de piel amarillenta.

No pudo contener un juramento y se acercó al inmóvil cuerpo, preocupado ante la perspectiva de quitarle la embriaguez, aunque solo fuera para enterarse de lo que ella esperaba de él.

Más, al inclinarse sobre el cuerpo, descubrió las azuladas marcas en su garganta. Las terribles huellas de unos dedos fuertes y brutales, que habían terminado de una vez por todas con las borracheras de la desgraciada muchacha.

Paul sintió que sus piernas vacilaban. Se tambaleó ante el cadáver y su primer impulso fue el de salir corriendo de allí sin preocuparse de nada más. Después, reflexionó e, inclinándose, comprobó que, efectivamente, la pobre Rosalind era cadáver.

Tras asegurarse del terrible hecho, se irguió y miró a su alrededor. Pensó, que si le sorprendían allí en compañía de la muerta, la policía no le soltaría con la misma facilidad que la primera vez.

Pero logró imponerse a sus ansias de escapar y dedicó unos minutos a reconocer el apartamento. Todo estaba en un completo descuido, desordenado y sucio. Se preguntó la razón de aquel crimen brutal y sin sentido. ¿Por qué habían tenido que matar a una muchacha inofensiva, para la cual no existía otra razón de vivir que el alcohol?

Tal vez, si hubiese llegado antes...

Con un sobresalto consultó su reloj. Marcaba exactamente las nueve y diez minutos. No, no podía reprocharse ningún retraso, puesto que ella le había pedido que acudiera al apartamento después de las nueve y era indudable que llevaba más de media hora muerta.

Una vez más se encontró al lado del cadáver... y pensó, contra su voluntad, en la última vez que viera a Rosalind, en Los Ángeles...

CAPITULO XII

—Todo lo que sucedió en ese viaje a Los Ángeles —explicó Raconelli con voz cansada—, es que se convirtió en protector de una chica alcohólica.

Lemmon le miró, desconcertado. El detective acababa de regresar de sus andanzas y no parecía precisamente satisfecho.

—Cuénteme —gruñó el sargento.

Raconelli encendió un cigarrillo y carraspeó.

—Greene se trasladó a Los Ángeles por cuenta de la empresa Mortenson, para ponerse de acuerdo con unos clientes sobre ciertos dibujos o algo así. Dio la casualidad que en las mismas fechas, una expedición de modelos de la agencia de Mortenson y Roth, viajó también allá para un desfile de modas, o para unas tomas de publicidad; eso no he acabado de entenderlo muy bien. Entre las muchachas había una llamada Rosalind Bendell. La agencia debió sufrir un error al incluirla en el grupo, porque era una alcohólica que todo lo que hizo fue beber y meterse en líos...

—No veo que nada de eso tenga relación con nuestro problema —rezongó el sargento Lemmon.

—Y no la tiene, pero es cuanto sucedió en ese viaje de Greene, más o menos interesante. Bueno, el dibujante ese se convirtió en una especie de caballero andante para la chica. Según he podido averiguar, ella había sido modelo de Greene tiempo atrás. La sacó de apuros y cuando él regresó, antes que la expedición de mujeres, se trajo a Rosalind Bendell pagándole el viaje y los gastos, puesto que la agencia la había despedido sin contemplaciones.

—¿Y bien? —inquirió Lemmon.

—Eso es todo.

—¿Cómo?

—Todo lo que sucedió digno de mención. La trajo aquí, le dio algún dinero y ella siguió emborrachándose. Pocos días después,

Greene se comprometió con Cécile Mortenson.

—Hemos perdido el tiempo... aunque apuraremos todas las posibilidades. ¿Ha averiguado dónde vive esa chica?

—¿Rosalind Bendell? Sí, sargento.

—Le haremos unas preguntas, solo para asegurarnos de que podemos descartarla de este asunto. ¿Algo más?

La cara, llena de cansancio, del detective de primera Raconelli se iluminó con una ligera sonrisa. Lemmon pensó que eso podía ser una buena señal y esperó.

Raconelli dijo:

—Se trata de Greene y esa chica Hunt.

—¿La secretaria?

—Ajá; Norman Hunt. Al parecer, ahí sí tenemos algo con lo cual trabajar.

—Bueno, suéltelo de una maldita vez si es que ha conseguido algo positivo.

—Hace tiempo, antes de ese viaje de Greene y por lo tanto, mucho antes de su compromiso con Cécile, se les vio juntos con mucha frecuencia... Él la acompañaba a fiestas y clubs nocturnos y parecían una pareja perfecta. He hablado con varias amistades de ambos... todos se sorprendieron cuando dejaron de aparecer juntos. Ya sabe cómo son estas cosas en su círculo social. Se hicieron comentarios para todos los gustos respecto a esa separación. Luego, cuando él comenzó a interesarse por Cécile, la cosa quedó clara y dejaron de chismorrear...

—Bueno, eso establece un nexo de unión entre la pareja. Muy bien pudieron ponerse de acuerdo entonces, aunque no puedo comprender, por qué, si su idea era matarla para que la secretaria pudiera heredar, tuvieron que armar toda esa comedia del noviazgo. Pudieron haberla liquidado sin tantas complicaciones.

—Tal vez tuvieron sus buenas razones.

Lemmon abandonó su sillón y dio vuelta a la mesa.

—Vamos a tener que apretarle otra vez las clavijas al amigo Greene, Raconelli. Y de paso, haremos una visita rápida a esa dama aficionada al *whisky*, solo para no dejar cabos sueltos detrás de nosotros. ¿Tiene alguna sugerencia que hacer?

—Ninguna, sargento. Sólo que le confieso que estoy desconcertado.

—Si eso ha de tranquilizarle, le diré que no es usted sólo en estarlo.

Los dos abandonaron el despacho pensando en las desconcertantes facetas del carácter de Paul Greene. Si aún pudieran probar que era culpable...

CAPITULO XIII

Raconelli, que era quien conducía el coche, lo estacionó frente al edificio cuyas señas llevaba anotadas en un papel. El sargento saltó a la acera y miró la deslucida fachada, mientras el detective se apeaba también, dando la vuelta al coche para reunirse con él.

—No es precisamente un palacio —comentó entre dientes.

Ambos se encaminaron a la entrada. Instintivamente, el sargento consultó su reloj. Señalaba las nueve y quince minutos.

En el mismo momento, una sombra se destacó de la hilera de coches estacionados a lo largo de la acera, acercándose a ellos apresuradamente.

—Un momento, sargento —exclamó la sombra.

Los dos giraron en redondo. Lemmon masculló, atónito.

—¿Qué diablos hace usted aquí, Kelly? No me diga que ha perdido a Greene.

—No señor. Él está en esta casa, en un apartamento del segundo piso.

—¿Paul Greene?

—Seguro, sargento.

—Bien, siga usted vigilando y sígalo cuando salga. ¿Hace mucho tiempo que está arriba?

—Ha entrado exactamente a las nueve y cuatro minutos. He tomado nota, como de costumbre.

—Perfecto, Kelly. No lo pierda cuando salga.

Entraron y el agente encargado de vigilar a Paul, volvió a desaparecer en alguno de los autos estacionados.

En la escalera, Raconelli comentó:

—Eso nos ahorra tener que ir en su busca, ¿eh, sargento?

—Efectivamente...

Se detuvieron ante la puerta del apartamento. Suavemente, Lemmon probó el tirador. La puerta no estaba cerrada con llave.

—Intentaremos sorprender su conversación —murmuró con voz queda.

Abrió con suavidad. Dentro había luz y un gran desorden. Los dos policías dieron un par de pasos antes de detenerse en seco, estupefactos.

Paul Greene estaba de espaldas a ellos, rígido, con la cabeza caída sobre el pecho y los hombros hundidos, contemplando fijamente el cuerpo de una mujer caído en el suelo. Ni siquiera advirtió la entrada de los dos hombres.

Hasta que Lemmon exclamó con voz seca:

—¿Qué le pasa a la chica, Greene?

Paul pegó un respingo, volviéndose en redondo. Acusó la impresión que le causaba la inesperada presencia de los policías y luego murmuró:

—Está muerta... estrangulada.

Raconelli avanzó precipitadamente seguido del sargento. Este, con más calma, resopló:

—No podrá decir que no le hemos pillado con las manos en la masa esta vez, Greene...

—No me han pillado de ninguna manera. Estaba muerta cuando he llegado, hace pocos minutos.

—Eso dice usted.

Raconelli, desde el suelo, informó:

—Estrangulada, en efecto. Y por unos dedos fuertes y vigorosos, sargento, lo mismo que los que apretaron el pescuezo de la otra.

—Empiece a hablar, Greene y no se detenga hasta que le autorice a hacerlo. Está metido hasta el cuello en un nuevo crimen y esta vez no espere librarse tan bien como en la anterior. ¿Por qué lo ha hecho?

—No la he matado —repitió pacientemente—. Rosalind me ha llamado por teléfono a última hora de la tarde, pidiéndome que viniera a verla después de las nueve. Parecía nerviosa, pero lo he atribuido a su permanente estado de embriaguez.

—No obstante, usted ha acudido a la cita. Muy bien, siga.

—¡Claro que he acudido! Apreciaba a esa muchacha. Había trabajado para mí cuando era una gran chica, alegre y llena de ansias de vivir. Después, se estropeó y ya no pude utilizarla, pero seguí ayudándola en algunas ocasiones.

—Limítese a esta noche, Greene. ¿Qué ha sucedido cuando ha llegado?

—Nada. Ya estaba muerta.

—Eso es lo que usted dice...

—Mire, yo no entiendo mucho de estas cosas, pero la pobre muchacha lleva bastante tiempo muerta, quizá una hora. Y yo hace apenas diez o quince minutos que estoy aquí.

Lemmon pensó en el agente que esperaba en la calle. La declaración de Greene coincidía con la de su espía.

Si era cierto que la mujer había sido muerta una hora antes, el joven quedaría fuera del cuadro de posibles sospechosos.

Raconelli, que acababa de incorporarse después de un somero examen del cuerpo, masculló:

—Es cierto que lleva bastante tiempo “tiesa”. Aunque habrá que aguardar la opinión del forense, yo diría que, como mínimo, hace una hora que el asesino le apretó el pescuezo.

Paul miró con disgusto al detective, molesto por la manera como éste se expresaba respecto a la desgraciada Rosalind. Pero no despegó los labios, un poco sorprendido de que el sargento no siguiera acosándole a preguntas. No podía creer que se conformase tan fácilmente con su declaración del tiempo que llevaba en el apartamento.

—Venga conmigo, Raconelli —gruñó Lemmon, acercándose a la puerta del apartamento. Cuando estuvo seguro que Paul no podía oírle, ordenó con voz contenida—: Baje a la calle y pregúntele a Kelly si en algún momento, hace una hora. ¿Comprendido?

—Seguro...

Raconelli abrió la puerta. Antes que saliera, su jefe añadió:

—Y busque un teléfono desde el cual llamar a los muchachos. No quiero tocar el de este apartamento.

La puerta se cerró. El sargento encendió un cigarrillo antes de regresar al lado del inquieto Paul.

—¿Qué relación le unía a esta chica, Greene? —preguntó.

—Ya se lo he dicho. La apreciaba.

—¿Cuándo la vio por última vez, viva?

—Hace bastante tiempo, a raíz de un viaje que hice a Los Ángeles...

—Ya sé todo lo referente a ese viaje y estoy enterado de cómo

trajo usted a esa chica consigo. ¿Por qué se responsabilizó, pagándole los gastos, si solo era una amistad casi puramente profesional?

—Mi amistad hacia ella era más que eso. Y me inspiraba piedad también... Bueno, eso no importa ahora. Rosalind se embriagó en Los Ángeles, cuando debía trabajar por cuenta de la agencia de Roth. Fue despedida en el acto, sin indemnización alguna. No le quedaba ni el dinero suficiente para el regreso a San Francisco y yo pagué sus gastos de vuelta. Me sorprende que esté enterado de esos pormenores, sargento... en especial, porque no tienen nada que ver con el caso que está investigando.

—Yo no estoy tan seguro de eso. ¿Sucedio algo más en Los Ángeles para que la chica fuera despedida?

—No, nada en absoluto. O, si sucedió, ella nunca me lo dijo. Durante el viaje estuvo ebria la mayoría del tiempo.

—Y a usted no le importó exhibirse con una borracha, por lo que veo.

—¡Naturalmente que no! Había que hacer algo por ella, ¿no es cierto? Bueno, lo hice y la dejé aquí, con algún dinero para sus gastos más inmediatos.

—¿Qué le contó ella durante el viaje?

—No veo que nada de eso le importe a usted...

—La muchacha ha sido asesinada. Todo lo que le atañe, de cerca o de lejos, me interesa.

A regañadientes, Paul reconoció que el sargento llevaba razón.

—Está bien, aunque no le servirá de nada saberlo. En los pocos intervalos de lucidez de que disfruté, se empeñó en darme las gracias. Lanzaba pestes contra la agencia de Roth por la manera como la habían tratado... Ya sabe usted cómo son los borrachos; se obsesionan con una idea fija y la repiten una y, otra vez, machaconamente. Eso fue lo que Rosalind estuvo haciendo aquella noche. Estaba verdaderamente furiosa. Luego se le pasó y cuando llegamos aquí ya ni se acordaba de lo que le había sucedido.

—¿Eso es todo?

—Por lo que respecta a ese viaje que tanto le interesa, sí, es todo.

—Hábleme ahora de sus relaciones con Norma Hunt.

Tomado de sorpresa, Paul no supo qué responder en los

primeros instantes. Lemmon añadió:

—No trate de negarlo. Sabemos que se ha visto con ella, que la ha visitado en un pequeño apartamento que posee...

—Es una gran chica. Y muy hermosa.

—¿Trata usted de consolarse de su reciente desengaño? —le espetó con sarcasmo.

—Conozco a Norma desde hace mucho tiempo, sargento. Siempre hemos sido buenos amigos...

—También estoy enterado de eso. Acostumbraban a salir juntos por las noches, antes que Cécile apareciera en la vida de usted. Todo el mundo opinaba que usted y la Hunt acabarían casándose... Siguieron pensando eso hasta que, usted perdió la brújula por Cécile Mortenson...

—Ya veo que ha estado dando crédito a los chismes sin fundamento que corren por ahí sin ninguna base.

—A veces se enteran de cosas muy interesantes... ¿Ha hablado usted con ella respecto al testamento del viejo Mortenson?

—Sí.

—¿Y qué?

—Pregúntele a ella. Creo que le gustarán las respuestas que le de.

Lemmon no replicó, ocupado en reflexionar. Dudó entre descubrir algunas de sus cartas, informando a Paul de ciertos datos secretos hasta entonces, solo para ver cómo reaccionaba, o esperar otra ocasión más propicia.

Entonces regresó Raconelli y él fue a su encuentro, para hablar cerca de la entrada donde Paul Greene no pudiera escucharles.

—No hay posibilidad de que él lo haya hecho, sargento —masculó, decepcionado—. Dice Kelly que no hay duda alguna sobre la hora que ha llegado aquí y asegura que no lo ha perdido de vista en la últimas cuatro horas, excepto cuando ha entrado en esta casa.

—Bueno, otro paso en falso. Qué le vamos a hacer.

Pero la segura inocencia de Paul respecto al nuevo crimen, le decidió a arriesgarse.

—¿Ha pensado en la persona que pudo robarle el puñal, Greene?

—Vaya, ahora ya cree que me lo robaron, ¿eh?

—Sólo como hipótesis.

—Sea como sea, ya es algo. Sí, he pensado mucho en eso... y no

he llegado a ninguna parte. Cualquiera de mis amigos pudo llevárselo.

—Quien quiera que sea que lo sustrajo, no es precisamente amigo suyo. Lo dispuso todo para comprometerle.

—Ya lo sé, pero no se me ocurre ningún nombre en particular. ¿He de considerar que me descarta de su maldita lista de sospechosos, sargento?

—En absoluto. Sigue figurando en ella con todos los honores. Estoy hablando, solo para cubrir todos los ángulos. A propósito de apurar las posibilidades, Greene, muéstrame sus manos.

Paul lo hizo de manera instintiva. La aguda mirada de Lemmon se concentró en las uñas. Hizo una mueca y se encogió de hombros.

—No esperaba que se las hubiese cortado recientemente... pero tenía que comprobarlo.

—¿Por qué?

—El que estranguló a Cécile se llevó pequeñas tiras de piel en las uñas, ¿comprende?

—¿Qué significa eso de que la estrangularon? —saltó Paul—. Cécile murió apuñalada.

—Eso creí yo también al principio... pero murió estrangulada, una hora antes de que alguien le clavase el cuchillo.

Estupefacto, el muchacho no encontró voz suficiente con que replicar.

Durante la corta pausa, la voz de Raconelli se elevó en la habitación contigua.

—¡Eh, sargento, eche un vistazo a eso!

Seguido por Paul, Lemmon acudió a la llamada, para encontrarse con que el detective le mostraba un pequeño magnetofón, oculto bajo unas revistas viejas y sucias de polvo. El cable del micrófono se deslizaba junto al suelo y entraba en el cuarto donde yacía el cadáver. Lo siguieron hasta encontrar el diminutivo “micro” sujeto al pie de una polvorienta lámpara.

—La muchacha pensaba grabar la conversación que iba a sostener con su visitante... ¿tal vez con usted, Greene?

—No sea absurdo, sargento. Ella no tenía nada contra mí. ¿No se da cuenta? Me pidió que viniera después de las nueve y ahora comprendo que tenía una buena razón para eso. Quería hacerme escuchar la conversación que habría grabado de haber tenido

oportunidad. Sin duda, tenía una cita con alguien antes de las nueve, tal vez a las ocho... solo que no fue lo bastante lista y ese visitante la mató.

—Para ser una teoría elaborada sobre la marcha, se ha dado usted maña para exponerla... Vamos a ver si hay algo registrado.

—No hay nada —aseguró Raconelli—. La cinta está completamente enrollada en el cilindro de la derecha...

Pero Lemmon insistió en comprobarlo. La cinta estaba “en blanco”.

Entonces llegaron los peritos de la Brigada de Homicidios. Repentinamente, Lemmon pareció cansarse de la presencia de Paul y lo despidió sin explicaciones.

Estaba seguro que, mientras Kelly estuviera en su puesto, el joven le sería más útil fuera de aquella habitación que si permaneciese en ella, estorbando a sus hombres...

Y Paul se marchó, desconcertado.

CAPITULO XIV

Estacionó el coche en las cercanías del edificio donde tenía su estudio. Pensó que tal vez debería haber ido primero al apartamento de Norma. Se había dado cuenta que cada vez pensaba más a menudo en ella. Había veces que le parecía sentir entre sus dedos el contacto de su piel de seda.

Pero necesitaba estar solo y reflexionar. Se dijo, que la muerte absurda de Rosalind quizá estableciese un nexo de unión con alguien igualmente unido a Cécile, lo cual facilitaría las cosas...

Entonces sonó el estampido. Fue un ataque traicionero e inesperado. Un disparo que retumbó, en seco, en el silencio de la calle.

Paul notó el impacto del proyectil en alguna parte de su cuerpo. Dio un salto en el aire y cayó sobre la acera. No sintió dolor alguno y obró por instinto, rodando en busca de la protección que le ofrecía la entrada del edificio más cercano.

Un nuevo balazo buscó su carne, pero esta vez solo consiguió arrancar esquirlas de las baldosas, muy cerca de su cara.

Siguió reptando. Oyó un tercer estampido seco y el agudo chillido del proyectil al rebotar contra la pared que tenía delante, casi junto al suelo. Pensó que el próximo balazo sería el definitivo. Nunca tendría tiempo de llegar a la seguridad del portal y menos estando herido. Aunque no le dolía la herida, notaba un extraño cosquilleo en todo el lado izquierdo del cuerpo, una creciente debilidad...

Y retumbó el cuarto estampido. Pero no fue seco como los anteriores, sino estruendoso, potente como procedente de otra arma de mucho más calibre.

Fue la señal para que el revólver que primero había entrado en liza dejara oír repetidamente su seca voz. Paul logró arrastrarse hasta la segura oscuridad de la entrada; mientras el arma más

poderosa rugía en una sucesión de disparos que semejaron un largo trueno.

Y, repentinamente, se hizo el silencio más completo. Fue una sensación irreal que tardó algunos segundos en penetrar dentro de su aturrida mente, pero que al captarla puso escalofríos en su espalda. Pero se incorporó con dificultad para asomarse a la calle, a pesar del creciente agarrotamiento de su cuerpo.

Comenzaban a abrirse las ventanas de los edificios cercanos. Voces excitadas preguntaban qué había sucedido y reclamaban la presencia de la policía. Y como si fuera una respuesta a ese clamor, los silbatos de los guardias se acercaban escandalizando con su agudo pitido.

En las escaleras, detrás de él, alguien bajaba a todo correr a riesgo de romperse el cuello. Paul salió a la acera, apretándose el costado izquierdo con la mano derecha. Sentía entre sus dedos el contacto viscoso de la sangre deslizándose lentamente.

Vio a un hombre que corría a lo largo de la hilera de vehículos estacionados. Distinguió un objeto oscuro en su mano, sobre el cual la luz del farol más cercano reverberó con un brillo opaco. ¡Una pistola!

—¡Eh, usted, deténgase! —gritó, avanzando tan rápidamente como le fue posible.

El hombre no le hizo caso. Siguió corriendo hasta detenerse junto a un largo sedán negro. Pero no entró en él, sino que se limitó a meter la cabeza por la ventanilla.

Un guardia llegó corriendo como un gamo. Empuñaba su “38” de reglamento y se detuvo en la acera, frente al hombre de la pistola.

—Está bien, amigo, suelte su arma.

El otro se desentendió de lo que estaba mirando. Paul llegó al lado del guardia en el momento en que otro policía llegaba a todo correr.

El desconocido rodeó el coche, pero sin soltar el gran revólver que empuñaba. El guardia le apuntó con el suyo. Su voz resultó cortante como el filo de una navaja cuando repitió:

—¡Suéltela o le abraso!

—No se precipite —dijo el otro con calma—. Soy detective de Homicidios. Me llamo Kelly.

—Perfectamente, eso lo comprobaremos una vez haya dejado caer ese cañón. ¡Vamos, vivo!

Kelly optó por obedecer. Los guardias estaban demasiado nerviosos para fiarse de su palabra. De manera que dejó caer su “45” de cañón largo al suelo y avanzó, para mostrar sus credenciales a los dos guardias.

—Okey, conforme —rezongó uno de ellos—. Pero debíamos asegurarnos. Puede recoger el revólver, Kelly. ¿Qué es lo que ha sucedido?

Paul, que había permanecido al margen de la discusión, intervino entonces.

—Alguien ha disparado contra mi —dijo—. Al parecer, le debo la vida a usted, Kelly... Ha sido una gran suerte para mí que pasara usted por estas cercanías.

—Así es —convino el detective, sin mencionar para nada que en realidad estaba siguiéndole a él precisamente.

Estaban acercándose gran cantidad de curiosos. El rápido golpeteo de unos tacones femeninos se acercaba por la acera. Una voz aguda y asustada gritó:

—¡Paul! ¿Estás bien?

Se volvió en redondo. Norma llegó corriendo también, sosteniéndose sobre sus altos tacones. Sin advertir la sangre que ensuciaba las ropas del muchacho, se abrazó a él convulsivamente.

—¡Dios santo! —exclamó—. Cuando he oído esos disparos... he temido por ti. Acababa de verte llegar en tu coche desde la terraza...

—¿Estabas en el estudio?

Ella titubeó.

—Si —dijo—. El conserje me ha facilitado la entrada. Le he dicho que era tu hermana... No creo que le haya podido convencer, pero ha abierto la puerta con su llave maestra.

—Un momento, Greene —dijo Kelly, descubriéndose sin advertirlo—. Está usted herido...

—¡Paul!

La voz de Norma fue casi un grito histérico.

—Me ha acertado con el primer tiro —masculló el muchacho—. Pero no me duele mucho... no debe ser importante.

—Lo es a juzgar por la sangre. Voy a llevarle al hospital.

—Un momento... ¿cómo sabe usted mi nombre?

—Es largo de contar... —evadió Kelly—. Antes de irnos, eche un vistazo al tipo caído dentro de ese coche, solo para comprobar si es conocido suyo.

El mismo sostuvo a Paul por el brazo derecho para acompañarle a la ventanilla del auto. El muchacho no pudo evitar un grito de asombro.

—¡Joe! —exclamó, estupefacto—. ¡Joe Dell!

—¿Un amigo suyo tal vez?

—Nada de amigos. Ha querido matarme... ¡El muy cobarde...!

Un débil gemido surgió del coche, haciendo que Kelly se desentendiera del herido al momento.

—¡Todavía vive! —exclamó.

Abrió la portezuela. Paul se apoyó en Norma. La muchacha le rodeó la cintura con su brazo para sostenerlo mejor. Temblaba, no sabía si de emoción o de temor por el muchacho.

Paul metió la cabeza en el coche. Dijo secamente:

—¡Joe! ¿Puedes oírme?

—Tú... maldito... seas...

La voz del agonizante fue apenas un susurro, pero perfectamente inteligible.

—¿Por qué has intentado matarme, Joe? Sólo te propiné unos golpes... No fueron motivo suficiente para un crimen...

—No... no fueron los golpes... el cuchillo...

Kelly se inclinó hacia adelante, sosteniendo la cabeza del moribundo. Con voz contenida dijo:

—Usted le conoce, Greene... siga preguntándole. ¿Cree que podrá sostenerse a pesar de su herida?

—Sí. ¿Joe?

—El cuchillo...

—Me lo robaste tú, ¿no es cierto?

—Ella... iba a quitármelo todo... el estudio... todo...

—¿Cécile?

—Sí...

—¿Cómo podía hacerlo?

—Tenía pagarés... los había... comprado... a mis... acreedores...

—Comprendo. Lo planeaste todo para cargarme con el crimen, ¿no es cierto?

—Sí... tú, maldito...

—¿Y Rosalind?

—Borracha...

—¿Has sido tú quien la ha matado?

—Rosalind...

Repentinamente, dobló la cabeza a un lado y un borbotón de sangre saltó de su boca crispada. Norma, que había asistido a la escena para sostener a Paul, empezó a sollozar.

Este dijo, dirigiéndose a Kelly:

—Usted lo ha oído.

—Prácticamente, ha confesado un crimen, ¿eh? El mismo por el cual le acusan a usted.

—No... Lléveme a dónde está el sargento Lemmon, por favor.

—A donde voy a llevarle es al hospital. Ya hemos esperado demasiado... está usted desangrándose.

Kelly acabó de meterse en el coche y tanteó la alfombra, gruñendo de disgusto cuando se ensució los dedos con sangre. Finalmente, encontró lo que buscaba y salió del vehículo, observando un revólver niquelado y lujoso.

—Todo un juguete... Vamos.

Obligó a Paul a meterse en su coche, acompañado de Norma. Se entretuvo el tiempo justo de dar instrucciones a los guardias y, colocándose ante el volante, condujo a toda velocidad rumbo al hospital.

Norma preguntó suavemente:

—¿Cómo te sientes, Paul?

—Bien... no me duele...

—Es una bala de pequeño calibre —rezongó Kelly, atento a conducir—. Ha tenido suerte.

—Sí, suerte...

—¿Por qué te odiaba tanto ese hombre, querido?

—Le golpeé para obligarle a decirme algo importante... pero no puedo creer que se arriesgase a matarme solo por eso.

—Pero él apuñaló a Cécile —murmuró la muchacha.

—Apuñaló un cadáver. Cécile ya estaba muerta cuando le clavó el cuchillo. La habían estrangulado.

—¡No, cielo santo!

—Así es. Me pregunto por qué ha querido matarme, jugándose

la vida de manera tan estúpida... Joe no era un pistolero...

—Olvidelo. El sargento lo pondrá en claro —opinó Kelly—. Ya llegamos. Avisaré a Lemmon cuando le haya dejado a usted en manos de los matasanos...

Entonces aparecieron las luces del hospital. Pero a los ojos de Paul, surgieron pálidas, casi imperceptibles. Luego empezaron a girar y finalmente, se apagaron por completo.

Su cabeza cayó sobre el respaldo y quedó inerte. Norma apenas si logró contener un grito de alarma y empezó a sollozar...

CAPITULO XV

—¿Está usted seguro, Greene? —rezongó Lemmon.

Paul ahogó un gemido cuando la enfermera le ayudó a ponerse la camisa. Llevaba el torso vendado y entonces sí le dolía. La enfermera empezó a abrocharle los botones. Su brazo izquierdo estaba también inmovilizado y Paul sentíase perfectamente inútil.

No obstante, respondió:

—La misma Cécile me mostró ese revólver en una ocasión. Le gustaba disparar en el prado que hay detrás de la casa de Mortenson.

—Tiene usted razón —sonrió el sargento—. Nosotros vimos esa arma en el dormitorio de la muchacha cuando lo registramos. No teníamos motivos para llevárnosla y la dejamos allí... suponiendo que sea el mismo revólver, claro está.

—Estoy seguro.

—Entonces, ese Joe Dell ha debido robarlo... ¿cómo sabía que estaba allí, tiene una explicación para eso?

—Seguro. Él era amante de Cécile.

—Ya veo.

—Lo que no comprendo es cómo ha podido apoderarse del revólver.

La enfermera acabó con los botones y empezó con la corbata.

Como asaltado por una idea repentina, Paul exclamó:

—¡Alguien le ordenó matarme!

—¿Qué?

—Es la única explicación que se me ocurre. Tres o cuatro puñetazos no son razón suficiente para matarme, ¿no lo comprende? Pero alguien que realmente me temía, por alguna razón, le obligó a hacerlo...

—¿Era Joe Dell capaz de asesinar por dinero?

—No lo creo... mientras tuviera su estudio. ¡Demonios! Los

pagarés con que Cécile le amenazó. Deben estar en poder del viejo Mortenson a estas horas.

—No irá a decirme que el viejo es quien la mató también.

—Tal vez no... ¿Qué razón podía tener Mortenson para asesinar también a Rosalind? Además, las manos del viejo no son lo bastante fuertes para dejar aquellas marcas...

—Sea como sea, iremos a su casa ahora mismo. Quiero comprobar si éste es el revólver de Cécile... y algunas cosas más. ¿Se siente con fuerzas para acompañarnos, Greene? Creo que su presencia será importante...

—No me perdería esto por nada del mundo.

—Paul...

Este se volvió. Norma le suplicaba con la mirada.

—Vuelve al estudio —dijo—. Pero esta vez entra con mi llave —añadió, sonriendo—. Yo volveré tan pronto sea posible. Hay algo que quiero decirte, ¿comprendes?

—Creo que sí.

—Algo que debí decirte hace mucho tiempo... antes de mi viaje a Los Ángeles, en lugar de convertirme en un estúpido ¿Me esperarás?

—Sí, Paul.

—Buena chica.

Inclinándose, la besó ligeramente en la boca. Tras esto, salió, escoltado por el sargento y Raconelli, que no parecía muy satisfecho precisamente.

La casa de los Mortenson estaba a oscuras, excepto la ventana correspondiente a la biblioteca. El anciano Anthony franqueó la verja al coche policíaco, que fue quién fue a detenerse ante la puerta del edificio.

Una sirvienta fue quien les guió esta vez, sonriéndole a Paul al retirarse.

En la biblioteca, el viejo Mortenson y Henry Roth miraron el brazo inútil de Paul con evidente sorpresa. Sorpresa, que no logró mitigar el disgusto por semejante intempestiva visita. El millonario rezongó:

—Escogen ustedes unas horas indecentes para importunar a la gente, sargento. ¿Qué le han hecho a Greene, es resultado de su famoso tercer grado?

—Alguien le ha metido un balazo... Greene es un hombre afortunado al estar vivo a estas horas.

—¿Y por qué lo traen aquí?

Lemmon se disponía a responder, cuando Paul habló por él precipitadamente, anticipándosele presa de una súbita inspiración.

—Porque mi atacante ha sido Joe Dell, el fotógrafo que hace infinidad de trabajos para la agencia Mortenson... Un policía ha conseguido abatirlo antes que él pudiera terminar conmigo.

—Eso no es una explicación para su inoportuna presencia aquí.

—Sí lo es, señor Mortenson. Joe Dell ha hablado mucho antes de expirar. Tres personas distintas podemos atestiguar y repetir las palabras que ha pronunciado. Fue él quien clavó el puñal... al cuerpo muerto de Cécile.

Esas palabras cayeron como una bomba. Lemmon comprendió lo que el muchacho pretendía y cerró la boca. Raconelli, a la expectativa, fumaba en silencio.

Mortenson gruñó:

—Lo que ha dicho es un jeroglífico para nosotros, Greene.

—No lo es. ¿Olvida que Joe ha revelado cuanto sabía, incluso el nombre de quien le ha encargado eliminarme? Y el asunto de los pagarés que Cécile tenía contra él y quién se apoderó de ellos después de matarla... alguien con unas manos muy fuertes... Como las suyas, Henry.

Instintivamente, Roth se miró las manos casi con asombro. Después cerró los puños.

—¿Qué pretende, Greene? —graznó, ahogándose.

—Lo único que Joe no ha podido revelarnos, es el motivo que tuvo usted para estrangular también a la pobre Rosalind...

No pudo terminar. Roth se dejó dominar por el pánico y echó a correr hacia la puerta. Raconelli solo tuvo que extender la pierna para que tropezara y el magnate fue a estrellarse de cabeza contra la pared.

—Creo que eso equivale a una confirmación de sus palabras, muchacho —suspiró Lemmon—. Amárrelo, Raconelli.

—Con sumo placer —gruñó éste.

El seco chasquido de las esposas, cortó los gemidos de Roth como si acabaran de aplicarle una mordaza.

El sargento, sujetándolo por las solapas, lo levantó brutalmente.

—Muy bien, empiece a contarle todo, empezando por el motivo... Greene puede describirle nuestros métodos cuando nos ponemos rudos, así que no sea tonto y hable.

Detrás de él, la voz de Mortenson masculló:

—Hablará. Es un cobarde y lo malo es que nos hundiremos todos...

Roth agachó la cabeza. El viejo prosiguió:

—Siempre supe que esto terminaría mal, pero me dejé convencer por ese saco de vanidad... El estranguló a Cécile.

—¿Y usted lo supo desde el principio?

—Yo le di mi bendición —gorgoteó, iracundo—. Ella aceptó en principio casarse con Greene, sólo para que éste se viera atado a nosotros. Teníamos miedo de que Rosalind se hubiera ido de la lengua en su viaje de regreso de Los Ángeles.

—¿Qué podía haberme revelado? No me dijo nada contra nadie... En todo caso, solo contra ella.

—La agencia de modelos —cacareó el viejo—. Roth la maneja muy bien, teniendo en cuenta que es un centro de distribución de drogas y prostitución. En los viajes de las modelos, contratadas por hombres que organizan fiestas y congresos, llevan en sus equipajes los suministros de estupefacientes para los distribuidores de cada ciudad.

—Ya veo... Rosalind lo sabía, claro está...

—Sí.

—Pero, ¿por qué no intentaron sobornar a Greene si creían que ella se lo había dicho, en lugar de armar semejante complicación?

—No podíamos fiarnos de él. Siempre ha sido un estúpido romántico —añadió con desprecio.

Paul suspiró.

—Y sigo siéndolo —dijo con voz firme—. Creo que ya no me necesitan aquí, sargento... y el romanticismo me guarda en mi estudios. ¿Puedo marcharme?

—¿No desea escuchar el resto?

—¿Para qué? Tengo suficiente con esta basura para oler mal durante días.

—Okey, lárguese. Y en cuanto al interrogatorio a que le sometimos...

—Olvídelo. Son cosas que pasan, sargento. Todo el mundo

comete errores, incluso un romántico como yo. Pero aprendí la lección y voy a rectificar mi equivocación esta misma noche.

Salió de la biblioteca andando alegremente, entre el silencio denso que quedó detrás de él.

Y, en verdad, aquella misma noche rectificó su error... definitivamente.

FIN

Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

CITA CON UN FANTASMA

por

KEITH LUGER

La niebla penetró a jirones por el hueco.

Sintió un picazón en la garganta y contuvo los deseos de toser mientras salía.

Cerró a su espalda. Ya estaba en el jardín.

Apenas se podía ver a medio metro.

Recorrió el camino y empujó la verja. Todo le estaba saliendo bien. Ahora sólo tenía que cruzar la calle para encontrarse en el parque.

De repente, una mano la atrapó por el brazo.

La joven se volvió dando un grito.

¿Era de carne y hueso o un espíritu? Si había muerto, ¿por qué aquella aparición?

CITA CON UN FANTASMA

Un alucinante relato de
KEITH LUGER

¡Adquiéralo la próxima semana!



PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS



Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?

Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





La revista de la canción

6 pesetas todas las semanas

es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

OSBORNE

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

